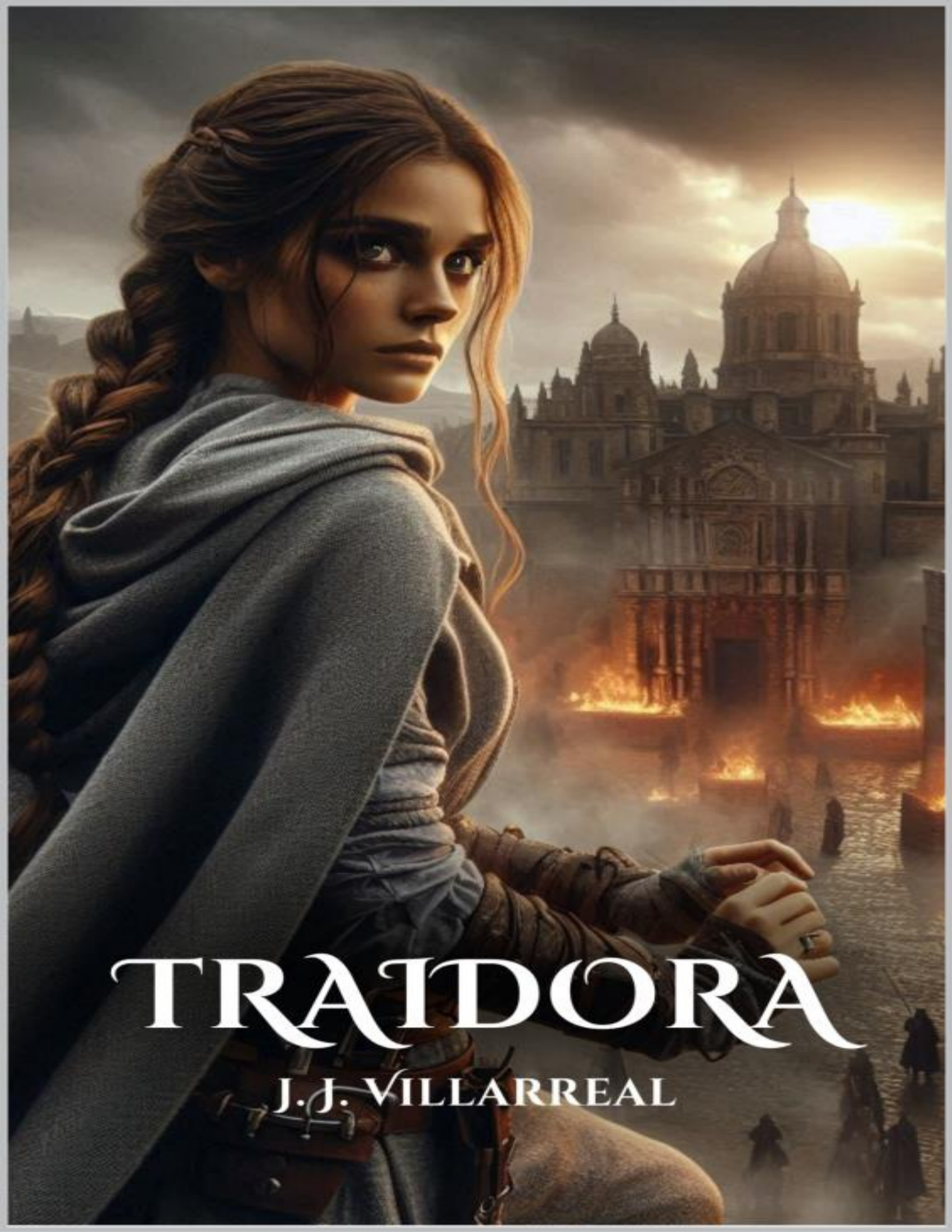

TRAIDORA
J.J. VILLARREAL

Contenido

Dedicación

Mapa

Parte I

El ojo

El cordel

Un establo

El trato

La encomienda

El plan

El regreso

Una propuesta

Parte II

El favor

El relámpago

Los aposentos

El desayuno

El intercambio

La emboscada

La visión

El banquete

Al lector

Sinopsis

Otros libros

Notes

A los fieles lectores…

MAPA


REINO DE
ZURMELDÁN
ACÓS
GOLFO DE RORINDE
FRONTERA NORTE
CORDILLERA ALAMÍN
MONTAÑAS ROJAS
VALLE DE HINARÁM
ISLA DEL DRAGÓN
ZURMELDÁN
BOSQUE REAL
LA LLANURA
MAR DE LA TORMENTA
SALDEL
MAR SALADO
BAHÍA DE DE LOS CANGREJOS
XULDE
ISLA DE LAS LÁGRIMAS
PERCORATÁN
GARRAJAL

PARTE I



1. EL OJO

UNA UNGIDA NO debería necesitar defenderse con una espada. Para eso existían los Devotos. Para proveerles de protección tanto a ellas como a la enseñanza pura de la santa unción.

Esa noche, sin embargo, siana Larani abrió el baúl en la esquina de su habitación y encontró, debajo de varios pergaminos, su espada escondida allí hace meses.

Diosa Madre, rezó al tomarla, *ayúdame*.

Se ciñó la vaina al cinto. Ella no era una madre ungida típica. El simple hecho de saber usar la espada, y usarla bien, la sacaba por completo del común denominador, por lo menos en lo que a madres ungidas respecta.

Corrió la cortina de la ventanita y se asomó. Antorchas. Vislumbraba a cuatro hombres. Armados.

No tengo a quién pedir ayuda, pensó. *Nadie me escuchará gritar*.

Se encontraba al sur de la ciudad, a las afueras de la muralla. La madre visora la envió allí meses atrás por sus, eh, actitudes. Nada que contrariara la enseñanza pura. Simplemente le gustaba hacer preguntas. Leer. Cuestionar.

Los hombres estaban afuera del templillo, buscando entrar. ¿Qué buscaban? En algunas partes del reino, ladrones se habían atrevido a entrar en los templos para robar algún símbolo sagrado. ¡El sacrilegio!

Pero el templillo donde ella oficiaba la veneración apenas tenía seis bancas y ningún símbolo sagrado de gran valor. El sagrario, un cuarto pequeño que se mantenía bajo llave, tampoco tenía nada de alto valor monetario. Estaba el cuenco de plata donde se ofrecía el sacrificio de incienso a la Diosa, un plato que, aunque ornamentado por ser un objeto sagrado, no era lo suficientemente caro como para justificar un robo de este tipo, con varios hombres armados. Había también un cofre mediano con el incienso aromático como para un mes de sacrificios, varias botellas con aceite de la unción, el cual se usaba después de cada culto para ungir la cabeza de los penitentes.

En silencio ella quitó la tranca y abrió la puerta. La puerta no rechinó. Mantenía las bisagras bien aceitadas porque odiaba ese sonido.

Estaba en sus aposentos, a un tiro de piedra de distancia del pequeño templo. Esa pequeña construcción, su hogar, era sencilla con una salita, comedor, cocina, y otro cuarto, que era su habitación personal.

Salió y corrió agachada, escondiéndose tras un árbol para ver mejor y escuchar.

—La puerta está bien cerrada, mi señor —dijo uno de los hombres, que llevaba puesta una camisa amarilla y vieja.

—Habrá que tirarla, entonces —dijo uno que parecía ser el líder. Tenía el cabello largo, trenzado, era alto y robusto, con un semblante feroz, de asesino. Era el único con espada al cinto. Dos llevaban lanzas de madera, y el de la antorcha una daga envainada.

—¿Tirarla? Parece que tiene un buen cerrojo. Y las ventanas, atrancadas por dentro.

El jefe maldijo.

—Pues entonces vayan y tráigame a la ungida. Ella tendrá la llave.

¡Diosa! ¡Protégeme, unción de lo alto!

El de la camisa amarilla se fue a buscarla y regresó poco tiempo después.

—No está, señor mío.

—¿Cómo que no está?

—La puerta está abierta. Pero ella no está.

—*¡Shejata!* Debió habernos escuchado. Ya estará de medio camino al comisariato. ¡Apresurémonos! Tú, Parcho, ¡incendia la puerta!

Es exactamente lo que debería hacer, pensó. *Ir al comisariato y pedir ayuda. ¿Qué estoy haciendo aquí?*

La única persona que podía ayudarla arribaría hasta el mediodía de mañana. En otras palabras, estaba completamente sola.

Parcho, que empuñaba la antorcha, agarró varias hojas y ramas secas, cosa que imitaron los otros. Las colocaron frente a la puerta y, habiendo rociado aceite alrededor, les prendió fuego. Tardó un poco, pero finalmente el fuego comenzó a crecer.

¡Mi templillo!, se dijo horrorizada. Es verdad que no estaba muy contenta de estar allí. Es verdad que oficiaba solo una vez a la semana a una asistencia de tres o cuatro personas. Es verdad que se preguntaba por qué no se unía a una de las órdenes monásticas y dedicaba su vida a la lectura y a la contemplación.

De todas maneras, esto era sacrilegio. Quizás, solo quizás, se perdería la puerta y nada más. La casa más cercana estaba a unos cinco minutos de camino, y la noria como a diez. En otras palabras, no podrían apagar el fuego. No había manera.

La puerta ardió. Los hombres habían arribado en dos caballos y una carreta sencilla, empujada por una mula, con pescante y caja atrás, sin cubierta. De allí tomaron mazos, con los que derribaron la puerta mientras esta se consumía. Batallaron por cuestión del humo y las llamaradas que crecían.

Son unos brutos, pensó.

Sin embargo, lograron entrar. Primero los tres, después el jefe.

Larani dudó, pero al final le ganó la curiosidad y decidió acercarse. Entró por la puerta a medio chamuscar e inmediatamente se escondió detrás de la primera banca, a la izquierda.

La mesa del altar estaba sobre un estrado de madera de poca altura, apenas un escalón. Los hombres habían ya movido la mesa a un lado, y miraban hacia abajo.

—¿Qué están esperando, hijos del Espectro? —dijo el jefe—. Está allí abajo. Pónganse a trabajar, inútiles.

Los golpes de los martillos resonaron, astillando el estrado. Poco tiempo después había un agujero lo suficientemente grande como para que un hombre bajara por él.

Larani no tenía ni la más remota idea de lo que buscaban, ni tampoco de lo que había debajo del estrado. Siempre supuso que el piso, de piedra. Pero aparentemente no era así, pues escuchó a uno de los hombres musitar: «Un túnel».

¿Un túnel, debajo de su templillo? Por la Santa Madre, eso no se lo esperaba.

El jefe desapareció en el túnel, y el resto se quedó allí, esperando. Después de un minuto o dos, el de la antorcha dijo:

—Jefe, ¿todo bien allá abajo? ¿Necesita que vayamos?

—No los necesito aquí —respondió el aludido con un par de maldiciones—. No harían mas que estorbar. Yo solo…, necesito encontrarlo.

—¿Qué es, exactamente, lo que buscamos? —susurró uno de los rufianes.

El de la antorcha se encogió de hombros:

—No tengo idea, primo.

—Espero que lo encuentre antes de que nos llegue alguna patrulla.

—¿Aquí? No creo.

—Pero la madre ungida habrá ido a buscar algo de ayuda.

—¿Y quién la va a ayudar? Pura gente pobre aquí alrededor. Si logró avisar en el comisariato, por mucho enviarán un lugarteniente. Si viene, nos lo cargamos. —Se llevó la mano a la daga en el cinto.

Abajo se oyó una exclamación de júbilo.

—Ya encontró algo —dijo el de la antorcha.

Asomó la cabeza el líder. Se empujó para salir y, de un bolsillo en la túnica sacó algo envuelto en un pañuelo. Con cuidado de no tocarlo, lo destapó. Era un orbe de cristal de color celeste con un punto rojo en medio que asemejaba el ojo de un lagarto. No era pequeño, pero cabía perfectamente en la palma de su mano.

—¿Saben lo que es esto, muchachos?

—Ni idea, jefe.

—Este es el ojo del dragón.

Imposible, pensó Larani. Era la aseveración más absurda que había escuchado no solamente en los últimos años, sino en toda su vida.

—¿Puedo…? —dijo Parcho acercando los dedos a la esfera.

El líder le soltó un bofetón:

—¡Te quieres morir, o qué! ¡No se toca!

El otro, acariciándose la mejilla y los ojos con lágrimas por el dolor, se excusó, balbuceando.

No hay manera, absolutamente, que ese sea el ojo del dragón.

No solamente dudaba que existiera, sino que además estuviera escondido debajo de su templillo, un templo pequeño e insignificante en Xulde, bajo su responsabilidad pero sin un solo Devoto que lo resguardara. Si ese fuera, realmente, el ojo del dragón, habría un escuadrón entero de Devotos, los siete días, el año entero, resguardando el lugar. Además, decenas de fieles harían peregrinación allí solamente para verlo.

No, ¿en qué estaba pensando? ¡Ni siquiera estaría allí! Estaría en uno de los templos mayores, o resguardado en las bóvedas más seguras de la Iglesia, en la capital.

Todos los hombres, incluyendo el jefe, hicieron la señal de la invocación, besando el dedo índice y medio y luego tocándose el pecho a la altura del corazón.

—Ten piedad, Madre bendita —musitó uno.

El líder, inmediatamente, guardó el orbe y dijo:

—Vamos a ser ricos.

Larani se sobresaltó al sentir una sombra a sus espaldas. Se volvió, llevando la mano hacia la empuñadura, pero se encontró con el filo de una daga en su garganta.

—¡Jefe! —gritó el que la amagaba—. ¡Aquí está la ungida! Estaba escondida detrás de la banca.

Maldijo para sus adentros, luego elevó una plegaria de perdón a la Madre por maldecir en zurmel común. De acuerdo a la tradición, la Madre se airaba al escuchar maldecir en la lengua común. Por eso la mayoría, cuando maldecía, lo hacía en zurmel medio.

Se puso de pie y levantó las manos. Este quinto imaginaba era el vigía, por eso no lo vio y la

tomó por sorpresa.

—Pero miren nada más —dijo el jefe, acercándose junto con los otros—. Una madre ungida muy curiosa. ¡Y con una espada al cinto! ¿Ven eso, muchachos? ¿Alguna vez habían visto una madre guerrera?

—Eso no existe, jefe.

—Pues es exactamente lo que tienes enfrente. Una madre con espada al cinto.

—Eso es sacrilegio…, ¿no? —preguntó uno de los bandidos.

—Solo los Devotos pueden ir armados —aventuró otro.

Estúpidos, pensó Larani. Es verdad que no era común que una ungida llevara algún arma, mucho menos una madre ungida. Pero no había nada en la enseñanza pura o en los Cinco Libros que lo prohibiera, técnicamente. Es verdad que los Devotos estaban encargados de la defensa de la fe, y que jamás había visto ella en su vida a una madre portando un arma. De todas formas, técnicamente, no estaba prohibido.

—¿Qué vamos a hacer con ella, mi señor? Ya nos vio. Vio el orbe.

El rostro del líder se ensombreció. El vigía debió notar en los ojos de su jefe la intención asesina, porque dijo:

—Jefe, asesinar a una madre es pecado de muerte eterna.

Era verdad. La enseñanza pura afirmaba que si una persona mataba a una ungida con premeditación, saña, o ira, pasaría la eternidad en la condenación de fuego sin posibilidad de que su alma saliera de esa prisión oscura, ni siquiera con las oraciones de los vivos.

Eso no había detenido a infieles, bárbaros e inmorales que mataban a las ungidas sobre todo en las tierras fronterizas, o en la llanura.

Al ver el rostro del jefe, Larani temió por su vida.

—Tal vez matarla sea pecado de muerte. Pero sacarle los ojos y cortarle la lengua, no. —El hombre sacó una navaja.

Su captor más cercano se movió incómodo. Distracción suficiente.

Con un grito, siana Larani desenvainó su espada.

2. EL CORDEL

ERA CASI MEDIODÍA cuando Alina vio humo a lo lejos.

Tuvo una mala premonición.

Posiblemente quemaban basura. Ojalá fuera eso y no otra cosa. Apretó el paso, elevando una plegaria.

Ya caminaba bien, la herida en su cadera completamente sanada. Solamente en los días helados sentía una molestia, una punzada pulsante que le recordaba la aventura pasada, hace casi medio año.

Quería olvidar todo lo sucedido en aquella misión, en donde por poco perdió la vida atravesada por la lanza de un hechicero demente.

Tres cosas buenas salieron de ese episodio. Primero, la plata que recibió al recuperar un libro prohibido. Segundo, conoció a la Cofradía del Pacto, una banda de ladrones con quienes bebía aguardiente de cuando en cuando en alguna taberna de Xulde. Tercero, su amistad con siana[1] Larani, la madre ungida encargada de un templillo a las afueras de la ciudad. Fue ella quien curó su herida en la cadera (y salvó la vida de Josftat, el ladrón líder de la Cofradía), y a partir de entonces comenzaron a formar una amistad. Normalmente —en la medida de lo posible— cada primer día de la semana Alina la visitaba, fumaban juntas una pipa, bebían té, y conversaban sentadas a la sombra del templillo sobre esto y aquello, principalmente lo que leían, incluyendo cuentos, filosofía y teología. También bebían «oscuro», esa nueva bebida a la que adoni Musrum —el librero— la introdujo, que se preparaba con granos molidos de color café filtrados en agua caliente.

La primera vez que Alina visitó a la madre ungida, decidió decirle toda la verdad sobre su identidad: que era una mercenaria que había derramado sangre no una o dos veces, sino varias.

A esto, siana Larani respondió encogiendo los hombros y diciendo: «Ya me lo imaginaba». Eso fue todo. Nada de reclamos, o regaños. Lo tomó como lo más natural del mundo, como si le hubiera dicho que ella era una soldado, o ama de casa, o una granjera.

Alina nunca pensó que la teología podía ser divertida hasta entablar diálogos con Larani. Era la madre ungida más joven que conocía, aunque la siana varias veces le aseguró que había otras incluso más jóvenes y más brillantes. Puesto que la ungida era una voraz lectora de prácticamente todo, incluyendo (por supuesto) la teología de la religión ungida, hablaban e incluso debatían sobre algunos de los aspectos interesantes o extraños de la teología. ¿Era el infierno eterno un lugar físico o espiritual? ¿Tenía la Diosa Madre el atributo de omnipresencia y omnisciencia? ¿Tenía sentimientos o era impasible? De ser pasible, ¿sentía el horror de los atormentados en el infierno? Sobre estas y más cuestiones las sabias y eruditas habían escrito libros y tratados, pero si no venían de la pluma de la Primera Ungida, no se consideraban parte de la enseñanza pura, a menos que formaran parte de la gran tradición.

Adelante, en el camino, vio la parte alta del templillo. La columna de humo venía de allí.

Se puso a correr.

Un par de campesinos lanzaban unas cubetas de agua a las puertas del santuario, pero a

juzgar por el daño, dejaron que primero se consumiera la madera para después apagar solo las cenizas, para ahorrar agua.

Por fortuna, el templillo en sí seguía relativamente intacto, el fuego no parecía haberse extendió hacia adentro. Además de esas dos personas, algunas más. Entre hombres, mujeres y niños, no más de quince personas estaban allí de pie, mirando sin hacer nada. Un lugarteniente, en uniforme azul oscuro, yelmo cónico de color azulado sobre la cabeza y una lanza en mano, supervisaba la acción.

No veía a siana Larani por ningún lado.

De estar aquí, pensó, *estaría ladrando órdenes, sin dejar que los lugareños estuvieran de ociosos.*

—Buenos días, señor teniente —le dijo al soldado.

—Buenos días —le respondió, sorprendido de ver a una mujer tan hermosa.

—¿Qué sucedió?

—Al parecer unos bandidos. Vinieron e incendiaron las puertas, entraron e hicieron destrozos.

—Soy amiga de la madre del templillo.

—No la encontramos por ningún lado. A menos que sea…

—¿A menos que sea qué?

—Hay un muerto allí adentro, cerca de la puerta, las llamas lo alcanzaron y está consumido a medias.

Diosa Madre, no, por favor, se dijo apresurándose. Entró, hizo la señal de la devoción, inmediatamente vio el cadáver allí, tirado a la izquierda.

Suspiró, aliviada. Era el cadáver de un hombre. Es verdad que estaba casi calcinado, y era difícil distinguir el sexo. Pero las botas, por una extraña razón, se habían salvado de las llamas. Larani no usaba ese tipo de botas tan grandes. Se acercó al cadáver para ver si podía encontrar algún indicio que le dijera por qué estaba allí tirado. Difícil saberlo con seguridad. ¿Era un buen hombre que, intentando impedir la profanación de ese lugar, fue asesinado por los bandidos? ¿O, más bien, era uno de los bandidos? De ser así, ¿quién lo mató? ¿Siana Larani? ¿Alguna otra persona?

Caminó por el santuario hacia el altar, que estaba puesto a un lado. En el suelo, un agujero. Alina miró hacia la puerta de entrada, pero nadie le ponía atención. De hecho, ni siquiera el lugarteniente estaba demasiado preocupado con la situación. Tenía un cadáver, lo que significaba que otros soldados arribarían y harían preguntas en las casas cercanas.

Bajó por el agujero, que no era tan profundo; medía quizás un codo más que la altura de ella. Un pequeño túnel, oscuro, frente a ella. Sacó del un bolsillo una vela, la encendió con pedernal y yesca, y alumbró.

Al final del túnel encontró una mesita de madera, y sobre ella un cofre abierto. El cofre era sencillo, de madera, nada especial, sin ornamento alguno.

Algo se robaron de aquí, pensó. *Esta es la razón por la que vinieron. Me pregunto si Larani, todo este tiempo, sabía de este escondite. Supongo que sí.*

¿Qué utensilio había salvaguardado ese cofre? ¿Y por qué estaba allí escondido, en ese templillo que a los ojos de cualquiera sería insignificante, sobre todo si se comparaba con los grandes templos de la ciudad?

Al salir del santuario se dirigió hacia los aposentos de su amiga.

El lugarteniente, al verla, le preguntó:

—¿Algo interesante allí adentro?

—Nada, teniente. Excepto por el agujero.

—Sí, ¿había algo allí abajo?

Ni siquiera se había tomado la molestia de bajar.

—Nada demasiado importante —mintió. De todas maneras, para cuando él o algún otro soldado bajara a investigar, ella ya estaría lejos de allí. O por lo menos eso esperaba, porque no tenía pensado quedarse para ser interrogada por algún casco azul.

—Muy bien —respondió el otro.

La puerta estaba sin tranca. Adentro, a primera vista, todo estaba en orden, hasta que notó abierto el baúl de la esquina. Supo lo que eso significaba porque un par de meses atrás, al entablar una conversación sobre armas, la madre ungida mencionó casi de pasada una espada escondida en el baúl. Por supuesto, Alina no dejó pasar de largo ese comentario, diciéndole que no podía creer que una madre ungida tuviera un arma escondida en sus aposentos. Ella respondió que, al no tener algún Devoto cerca, una espada era simplemente sentido común. No solamente por cuestión de algún ladrón, sino también como protección cuando andaba por los senderos, en los cuales ya varias veces se había encontrado con osos, jabalíes, gatos monteses y, en una ocasión, con una leona que por fortuna solo la miró con pereza.

Adentro del baúl estaba todo desacomodado, y Alina no encontró la espada. Lo que significaba que, en la noche o madrugada, siana Larani tomó el arma, salió de sus aposentos y desapareció.

Su cuerpo no estaba por allí. Entonces la habían raptado, o en el mejor de los casos, logró huir.

Debo cerciorarme que no esté…, que no esté muerta.

Podrían haberla ejecutado en algún otro lugar cercano. Por la santa unción, su cuerpo podría estar pudriéndose por allí cerca. Sin embargo, no se vislumbraban cuervos haciendo círculos, lo que le daba esperanza.

De todas maneras, encendiendo su pipa, salió e invirtió la próxima hora buscando no solo algún indicio de la siana, sino cualquier otro vestigio o señal que le proporcionara más información de lo sucedido.

Cerca de la entrada del pequeño templo encontró huellas de caballos y de un carromato, además de las pisadas de varios hombres. Tres o cuatro, a juzgar por las huellas.

Sobresaltada, se detuvo. Se puso de cuclillas. Allí, en el suelo, junto a la vereda, el cordel rojo que, puesto en la frente, identificaba a siana Larani como una madre ungida.

La han raptado, pensó Alina. *La han raptado, y debo encontrarla.*

3. UN ESTABLO

—DISCULPE, MISRI[2] —oyó a sus espaldas.

Alina se dio la vuelta. Era una joven, adolescente todavía, con la ropa sucia, el cabello duro y unos ojos temerosos.

—Sí, misrumi. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Usted es la amiga de la siana[3], ¿cierto?

—Así es. Ya te recuerdo. Te he visto un par de veces, trayendo leche y queso.

—Así es, misri.

—Mi nombre es Alina. ¿Cómo te llamas?

—Misrumi Kilia.

—Dime, Kilia.

—Siana Larani nos compra leche y queso con regularidad. Ha sido muy buena con nosotros. Solo tenemos dos vacas, pero mi padre las mantiene bien alimentadas para que nos den mucha leche. Siana Larani nos compra, siempre. Ella es muy buena. —La muchacha hablaba con el timbre de una persona que no ha tenido ningún tipo de educación, excepto la más dura: la vida en el campo.

—¿Sabes dónde está? ¿Se la llevaron?

Ella se la quedó mirando, los ojos vidriosos, mordiéndose el labio.

—¿Tienes temor de decirme?

La joven asintió. Alina se aseguró de que nadie estuviera reparando en ellas. Luego le dijo:

—Fueron varios hombres, ¿verdad? Voy a decir que cuatro.

Asintió de nuevo, vigorosamente.

Alina intentó adivinar lo sucedido:

—Incendiaron la puerta, siana Larani trató de detenerlos, y se la llevaron en el carromato.

Unas lágrimas bajaron por las mejillas de Kilia. Finalmente dijo:

—Mi padre me despertó por la noche para decirme que una de nuestras vacas se había perdido. Salimos los dos a buscarla, cada quien por su lado. Primero me llegó el olor a humo, así que me acerqué y, por la unción, logré evitar que me viera uno de los bandidos que estaba apostado como vigía. Fue ese mismo bandido al que siana Larani…

—¿Lo acuchilló?

—Sí. Con una espada. Yo estaba escondida allí —apuntó un matorral espeso—. Lo vi todo. ¡Pero no pude hacer nada! Uno de los bandidos, el que parecía el jefe, le soltó un fuerte golpe a la madre ungida en la cara, y se la llevaron inconsciente.

—¡Pero viva!

—No estoy completamente segura. No parecía estar muerta. Usted sabe cómo se ven los muertos.

Sí, lo sé. Y tú también, pequeña.

—Más bien, se miraba desmayada.

—Escúchame bien, Kilia. ¿Sabes quiénes eran? ¿Los que se la llevaron?

—Ellos podrían matarme. A mí y a mis padres. Son hombres malos.

—¿Te vieron?

—No.

—Entonces no hay manera que sepan que tú me lo dijiste. Escúchame. No le digas nada a los soldados. Muchos de ellos están pagados por las bandas de los alrededores. Pero si me dices a mí, yo guardaré tu secreto. Tú sabes que lo haré. Sabes que soy amiga de siana Larani, y que ella solo tiene amigas de confianza.

La muchacha lo dudó por tan solo un momento:

—Se llama Nargol. Es un malandro de segunda, encargado de cobrar. Está a servicio de uno que llaman el Segador. Un traficante de la región que tiene poco de haber llegado. Un año, quizás. Nos cobra a todos una cuota de protección, cada semana. El que no paga el talán, le incendian la casa, o matan su ganado. La gente le tiene pavor al Segador, incluso los malos.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Dicen que Nargol tiene en su guarida en el pueblo de Gulián.

Ese pueblo estaba a un día de camino, rumbo al sureste, casi llegando al bosque de los manzanos. Si se ponía en marcha, llegaría esa misma noche.

Sacó dos ladís[4] y se los dio a la muchacha.

—No le digas a nadie que tuvimos esta conversación. Absolutamente a nadie.

La jovencita, agradecida, se retiró.

Alina nunca salía sin espada y daga, dinero en el bolsillo, y capa sobre los hombros.

—A Gulián, pues —musitó.

—::—

Siana Larani se despertó, sobresaltada.

El dolor de cabeza era intenso, casi insoportable. Veía borroso. Cerró los ojos. Estaba sentada en algún lugar duro, oscuro, y olía a tabaco y alcohol. Oía conversaciones, hombres hablando, riéndose. Le dolía mucho la muñeca derecha que tenía a sus espaldas atada a algo, pues no podía mover el brazo.

Cuando abrió los ojos de nuevo, vio un poco mejor. Era un establo abandonado. El suelo era de tierra con paja sucia esparcida por aquí y por allá. Ella estaba sentada en el suelo, los pies atados con una cuerda gruesa, y la mano derecha atada también a un poste en el cual la recargaron. Con la mano izquierda, que le dejaron libre, palpó su cabeza, encima de la frente, y sintió sangre seca. Era donde el jefe de los bandidos la golpeó dejándola inconsciente.

Por una ventana abierta en lo alto del granero entraba la tenue luz de la luna y las estrellas. Cerca de la puerta doble, cerrada, en una mesa jugaban tres hombres a las cartas. El líder no estaba allí.

Uno de ellos, al que habían llamado Parcho, se percató de ella.

—Miren, ya despertó.

—Llévale un poco de agua, Parcho. Es una siana, al final.

El hombre se acercó con un vaso de barro.

—Tenga, siana.

Tenía muchísima sed, pero bebió con sorbos pequeños para no atragantarse.

—¿Tiene algo para comer? —preguntó, su voz ronca.

—Solo un poco de pan duro remojado en sopa de tomate.

—Está bien.

—Disculpe por el golpe, siana. Pero para ser sincero, usted está viva de pura suerte. Después que se despachó a Borocat, pues la verdad es que queríamos matarla. Pero matar a una ungida es pecado de muerte. Mutilarla no estamos tan seguros. La verdad es que no somos muy religiosos, pero tampoco estamos tan dispuestos a arriesgar toda la eternidad. Pero algo voy a decirle, siana. Si usted intenta algo así de nuevo, le vamos a cortar el pescuezo. ¿Le queda claro?

—Me queda claro.

—Perfecto. También, usted está a mi cargo, por mientras. Estamos lejos de su templillo. Estamos a las afueras de un pueblo, así que si quiere usted gritar, lo puede hacer, pero nadie la va a escuchar. Además, si se pone a gritar como perra loca, le voy a soltar un trancazo para ponerla a dormir. ¿Me comprende?

—Te comprendo.

—Esos dos amarres, en los pies y en la mano, los hice yo. De una vez le digo esto: no se va a soltar. De un nudo como ese no se suelta ni un toro. —Parcho soltó una carcajada, como se acabará de decir un buen chiste. Era un hombre de estatura mediana, una buena barriga y pelo negro, enmarañado, que le descendía hasta los hombros desde las orejas, pues estaba quedándose calvo—. Le dejé la izquierda libre para que pueda comer y rascarse, o lo que necesite, qué sé yo.

—¿Si necesito usar la letrina?

—Usted me dice y le traigo un banquillo. Pero tendrá que hacer aquí. Ni modo. Está prisionera.

—¿Por qué?

—Pues porque no la voy a llevar sobre los hombros a la letrina, siana.

—No, me refiero a…, ¿por qué estoy prisionera? ¿Por qué me trajeron? Me pudieron haber dejado en el templo, ardiendo. O simplemente abandonarme allí, herida.

—Usted es una testigo. No podíamos dejarla allí nada más.

—Pero ni siquiera los conozco.

—De todas maneras, la gente nos conoce. Habrían dado con nosotros, con su testimonio.

—Pero, ¿entonces? ¿Qué harán conmigo? Si no pueden soltarme, ¿me matarán? Lo dijiste bien: sería pecado mortal. Todavía peor, pues lo están haciendo con ventaja.

—Eso lo decidirá Nargol —dijo. Hizo una pausa, preguntándose si había cometido un error al decir el nombre de su jefe. Se encogió de hombros y continuó—: Siempre puede venderla como esclava. Usted está muy bonita, y los piratas buscan mujeres para venderlas en el fin del mundo. Mujeres como usted se venden bien. Además, siendo una siana, será un objeto exótico. Quizás podamos venderla a algún sacerdote pagano —agregó con una sonrisa lasciviosa.

Larani sintió un escalofrío. Aunque en Zurmeldán se abolió la esclavitud apenas cien años atrás, en muchas partes del mundo todavía se practicaba, y era un terrible y lucrativo negocio. Cada año desaparecían hombres, mujeres y niños, sobre todo en las regiones costeras, y eran vendidos como esclavos.

—¡No se atreverían!

Parcho la miró con ojos que decían: *¿tan inocente es?*

—Es mejor que matarla, ¿no?

—Sigue siendo pecado.

—La Diosa tendrá misericordia.

—¡No si venden como esclava a una de sus ungidas!

Parcho se rascó la calvicie y dijo:

—¿Va a querer el pan y la sopa, o no?

—Sí —respondió ella, las tripas rugiéndole.

El hombre se retiró hacia la mesa.

Tengo que salir de aquí, pensó Larani. *Estos hombres sí me venderán a piratas. Probablemente ya lo hayan hecho antes.*

Detrás de los hombres que seguían jugando a los naipes, en la pared de madera, vio colgada su espada del talabarte. Demasiado lejos. Sin manera de llegar a ella. No tenía arma, y los nudos se sentían fuertes.

Diosa Madre. Estoy en problemas.

4. EL TRATO

ALINA LLEGÓ AL pueblo cuando se ocultaba el sol. Estaba cansada. Prácticamente había andado sin detenerse excepto para ir a la letrina y comer algo en una aldea, donde le sirvieron un plato de pan con frijoles y un vaso de leche.

Quería descansar un poco. Al mismo tiempo, se preguntaba si el tiempo apremiaba para su amiga. Probablemente sí. Pero ¿podía salvarla con tan poca energía? ¡Maldición!

¿Por qué se sentía tan cansada? Un resfriado, quizás. Le escurría la nariz y le picaba la garganta. Por la santa unción, vaya momento para enfermarse.

Si no descanso aunque sea un poquito, no podré ni siquiera pensar. Menos pelear.

Entró en el primer mesón que vio y rentó un cuarto. Se lo dieron en la planta baja, uno pequeño en donde solo cabía, apenas, un catre. Atrancó la puerta y cerró los ojos.

La noche comenzaba, así que dormiría unas dos vigilias. De esa manera saldría a la medianoche. Normalmente su cuerpo tenía buen sentido del tiempo.

Tuvo un sueño atribulado que la regresó a las montañas rojas, a su tribu, a esa noche en la que finalmente le dijo a su padre que se marchaba.

—Es una locura, Alina. No puedes huir así de tu destino —le había dicho su padre Halidán, líder del clan Hara'lutze.

—Padre, mi destino no está aquí.

—¿Dónde, entonces? ¿Allá abajo, con los zurmeldanos? ¿Con esos cobardes que han hincado la rodilla?

—Sabes que te amo, y amo a nuestro pueblo. Pero he tomado ya mi decisión.

—Haliná —exclamó su padre, llamándola por su verdadero nombre—. Eres princesa de la tribu. Serás la líder del clan cuando yo muera.

—Mi hermano será el líder. Hará una excelente labor.

—Tu hermano menor no está listo para ello. Es un buen guerrero, pero no como tú. Tú tienes lo que se necesita, la inteligencia, la fuerza, la destreza en la batalla. ¡Eres tú la próxima líder!

—Padre, sabes bien que la tradición de nuestro pueblo no exige que el primer nacido suceda al líder de la tribu. Puede ser el segundo, o el tercero. Además, es el clan quien decide, no tú.

—El clan te elegiría a ti.

—No, si no estoy.

—¡Estás huyendo de tu destino!

—No. No lo estoy. Somos clanes libres, y esa libertad es mía, también. No puedes dictarme la vida, va en contra de nuestras leyes y nuestra tradición.

Su padre explotó, cosa que rara vez sucedía con ella:

—¿Traicionarás a tu pueblo, en estos tiempos difíciles?

—Lo siento.

—Eres una traidora, Haliná…, *una traidora…, ¡traidora!*

Se despertó, sudando y con el corazón acelerado. Se quedó allí, sentada, calmándose. Habían pasado nueve años desde aquel suceso que la dejó marcada y cambió para siempre su vida.

Sacudió la cabeza para intentar olvidar. Nueve años sin regresar a su pueblo, sin ver a su padre o a su hermano Horladán. ¿Vivían, todavía? ¿Estaban bien? No lo sabía. Pero tampoco planeaba regresar.

El resfriado empeoraba. Un buen jarabe de menta le ayudaría, pero estaba lejos de sus aposentos en Xulde. Allí tenía varios tipos de siropes. Tendría que aguantarse, pensó mientras estornudaba.

Salió del mesón y consultó los astros. Efectivamente, la jabalina del soldado apuntaba al cinturón del rey, así que era aproximadamente la mitad de la noche y el principio de la tercera vigilia.

No estaba segura de cómo comenzar la búsqueda. El pueblo, aunque grande, estaba desierto.

Tendré que confiar en la Diosa. Si es su voluntad, me guiará al lugar correcto.

Decidió recorrer el pueblo entero, poniendo especial atención a cualquier lugar que le llamara la atención o a algo que se le hiciera sospechoso, como algún vigilante apostado en la puerta, en una esquina, en un techo. Una opción era investigar en las cantinas que permanecieran abiertas, pero a esa hora encontraría solamente los más borrachos y a cantineros exasperados. Mejor primero haría una inspección general y, si no encontraba nada, posiblemente se aventuraría en una taberna. Si eso no funcionaba, saldría a las afueras del pueblo, a las granjas cercanas.

Pasaba el tiempo sin éxito alguno. Le llamaba la atención que la mayoría de las casas tenían las ventanas cerradas y aseguradas. En muchos pueblos, puesto que la gente se conocía desde toda la vida, las puertas se cerraban sin cerrojo o barra. Gulián, por el contrario, era un pueblo que daba la impresión de vivir en temor. Eso era preocupante por muchas razones, pero en especial el que ese condado estaba cerca de Xulde.

Quizás los tiempos cambiaban en esta región y ella no lo sabía. Era bien sabido que algunos territorios dentro o alrededor del reino peninsular de Zurmeldán eran peligrosos. Los desiertos más allá de la frontera norte. La llanura, con sus decenas de aldeas y pueblos donde reinaba la ley de la espada y la daga. La costa sureste, que de cuando en cuando era hostigada por incursiones de los clanes garrajeños. Y por supuesto, los islotes alrededor de la Isla de las Lágrimas, lugares prácticamente sin ley o que se regían por las costumbres piratas.

¿Pero aquí? Se suponía que los condados alrededor de las grandes ciudades eran los más seguros, tanto en la capital como en Xulde, Percoratán, Saldel y Acós, las grandes ciudades.

Los tiempos cambian, Alina, y el ejército está demasiado ocupado en mantener segura la frontera norte, resguardar los caminos reales y cuidar de los barcos mercantes. Un pueblo como este ha sido abandonado a su propia suerte. El comisario estará bajo la nómina de los bandidos, seguramente.

Tomó una calle lateral que la sacó del pueblo. A lo lejos, como a una milla, en las faldas de una colina, un puntito luminoso. Alguna lámpara encendida en una granja. Decidió investigar.

Estaba como a un cuarto de milla de llegar, andando por una vereda, cuando escuchó por el oeste caballos acercándose. Sí, se acercaban por otra vereda, y parecían ir en la misma dirección que ella, hacia la granja. Uno de los cabalgadores empuñaba antorcha, por lo que distinguía por lo menos cinco caballos.

A esa hora de la noche le parecía sospechoso. Podía no ser nada, algún granjero que regresaba tarde a su hogar…, o un grupo de bandidos que, aprovechando la cobertura de las tinieblas, regresaban a su madriguera.

Apretó el paso. Los montadores llegaron apenas antes que ella. Alina, pecho tierra, observaba. Eran más bien seis, cinco hombres y una mujer. La antorcha reflejaba semblantes

feroces de personas que eran, indudablemente, bandidos y probablemente asesinos. Uno de ellos, particularmente alto, de quijada cuadrada, delgado pero fornido, llevaba el cabello negro corto y daba aires de ser el líder. Los seis desmontaron. Se abrió la puerta del granero y desaparecieron adentro.

Inmediatamente Alina se puso de pie, se acercó al almacén de madera buscando alguna puerta lateral o ventana abierta, pero no encontró ninguna. Estaba casi segura que había dado con los captores de siana Larani. Pero ¿cómo entrar? Era un granero viejo y, puesto que se decidió en contra de encender su vela, solo la luna le proporcionaba iluminación. Ese pálido brillo plateado fue suficiente para encontrar un tablón flojo, mal alineado con el resto, con los clavos barridos.

Ella era delgada. Si tan solo abriera el tablón un poco más sin hacer ruido, lograría entrar. ¿Valía la pena arriesgarse? Sí. No se le ocurría otra opción. Por la gracia de la Madre, se apretujó hacia adentro.

Oscuridad. Dio pasitos, cautelosa, agachada, con las manos extendidas, palpando. Encontró manojos de heno y un par de carretones abandonados. Luego vio adelante luz, y acercándose, vio la escena.

Por la santa unión, es Larani.

Allí estaba su amiga amarrada a un poste. Parecía estar bien, aunque no lograba distinguirla con toda claridad, incluso con la antorcha y un par de lámparas puestas sobre una mesa.

Todos los hombres y la mujer estaban de pie, y formaron dos grupos. De un lado, cuatro: tres que ya estaban allí, y el cuarto que había llegado cabalgando con los otros.

El otro era de cinco. El grupo del hombre alto y cabello corto. Detrás de él, la corpulenta mujer, con dos espadas grandes en cada lado de la cadera.

—¿Qué hace ella aquí, Nargol? —preguntó el alto señalando a Larani.

—Es la madre ungida del templillo, señor Segador.

—No me digas así, hijo bastardo del Espectro.

—Lo siento, mi señor —respondió—. Ella, eh, la trajimos porque fue testigo.

—¿Por qué no la mataste?

—Pensamos que nos podría ser útil. La íbamos a mutilar. Pero podríamos venderla, o algo.

—Además —dijo un hombre detrás de Nargol, mediano y quedándose calvo—, matarla es un pecado de muerte eterna.

—¡Cierra el hocico, Parcho! —rugió Nargol.

—Yo solo decía que…

—¡Qué te calles, dije! —Luego al Segador—: Tenemos pensado venderla.

—Debiste haberla matado, Nargol. No sabía que eras tan sentimental. ¿Tienen miedo de pasar la eternidad en los lagos infernales? ¿Por matar a una madre ungida? —Lanzó una carcajada—. Pasarán allí la eternidad por todo lo que han hecho ya, malditos escarabajos.

—Nos desharemos de ella, mi señor.

—Poco me importa. Solamente vine por el ojo.

Nargol se lamió los labios:

—Lo encontramos, señor mío. Fue un golpe de suerte, en realidad.

—Ya lo creo que sí. Todavía no puedo creer que fueron ustedes los que lo hallaron. La Diosa debe tener un extraño sentido del humor.

—Estaba escondido debajo del altar, justo debajo.

—¿Y bien? Sácalo, hagamos esto de una vez.

—Claro que sí, eso haré. Solamente que pensábamos…, más bien, estaba yo pensando que

podríamos hacer un mejor trato.

El semblante del Segador se ensombreció. Apretó ligeramente los puños.

—¿Dónde está el ojo del dragón, Nargol? Traigo el dinero en la alforja. Ya lo viste. Está contado. Es exactamente lo que acordamos. Un muy buen precio.

—Pero es el ojo del dragón. ¡Una reliquia mítica! De valor incalculable, poderes misteriosos. Estoy seguro que podemos llegar a un trato.

—Es tu última oportunidad, gusano hediondo. Te daré la bolsa con los mil talanes. Es más dinero del que vale tu vida y la de tus hombres. ¿Dónde está?

—Solo yo sé dónde está. Yo lo escondí.

—Entonces ve y tráelo, que la noche se acaba, al igual que mi paciencia.

—Lo traeré en este preciso momento…, por dos mil talanes.

El Segador sonrió. Una dentadura blanca y perfecta, cosa no común. Se cruzó de brazos y miró a su gente, divertido.

—¿Cómo ves, Surema? —dijo dirigiéndose a la mujer—. Nos salió astuto. —Regresando su vista a Nargol, dijo—: Dos mil talanes, ¿eh?

—No es una cantidad excesiva, no para usted, señor mío. Esa reliquia vale diez veces eso.

—¿Qué te hace pensar que llevo conmigo esa cantidad de dinero? ¿Crees que soy un estúpido?

—Puede darme mil quinientos, y el resto mañana.

El Segador se quedó congelado. Sus ojos brillaban. Lo considero por unos momentos. Sin embargo, finalmente dijo:

—No hay trato.

Y, en un pestañear, sus hombres desenvainaron.

5. LA ENCOMIENDA

SUREMA, EMPUÑANDO AMBAS espadas, dio un par de zancadas y usó los dos filos como una tijera. Parcho tenía la cabeza sobre sus hombros un momento, y el próximo ya no. Otro de los camaradas de Nargol se llevó la mano a la cadera, solo para recordar que su vaina la había dejado recargada en la mesa donde, no hace mucho, había estado bebiendo y jugando cartas. Uno de los cabalgadores le atravesó el corazón. El que quedaba vivo —además de Nargol, que estaba petrificado—, intentó huir, dando alaridos agudos, pero Surema lo alcanzó. Primero le soltó un tajo en el muslo derecho y el hombre cayó al suelo. Se dio la vuelta y enseñó las palmas, pidiendo misericordia y diciendo que tenía esposa e hijas. La mujer le atravesó las tripas con las dos puntas. Los alaridos agudos se reanudaron, pero cesaron momentos después cuando la espadachina, riéndose, le metió la espada por la boca, saliendo la punta por la nuca.

Nargol se había orinado. Se puso de rodillas y comenzó a balbucear, pidiendo misericordia en el nombre de la Madre, además de otras incoherencias.

El Segador le soltó una tortazo que, pensó Alina, lo podría haber dejado inconsciente.

Nargol se tambaleó sobre sus rodillas. Sacudió la cabeza, y guardó silencio.

Dos de los hombres lo sujetaron de los brazos, extendiéndoselos. Surema, detrás de él, lo agarró por el cuello.

—¿Sabes por qué me apodan así? —dijo el Segador, sacando una daga—. ¿Lo sabes?

Nargol, pálido, tenía los ojos desorbitados por el pánico. Le temblaba la quijada y saliva descendía por la comisura de sus labios.

—Déjame te explico la razón —agregó el Segador agarrándolo por el cabello. Acercó la punta de la daga a los ojos de Nargol quien, por reflejo, los cerró. Con extraordinaria precisión y dos movimientos rápidos de la muñeca, le perforó primero el ojo izquierdo, luego el derecho.

Los alaridos de Nargol, pensó Alina, probablemente rivalizaban el de las almas torturadas en los lagos de la condenación eterna.

Allí entendió Alina el apodo del bandido. No era el *segador*, sino el *cegador*.

Soltaron al hombre, quien se derrumbó en el suelo, las manos sobre las cuencas de sus inservibles ojos. Gritaba, se retorcía, maldecía, lloraba.

Aunque Alina tenía el corazón acelerado por lo acontecido, en realidad le preocupaba lo que harían con su amiga Larani. Evidentemente ésta era una compañía de asesinos despiadados, inmisericordes y sin ningún tipo de remordimiento por sus acciones.

Siana Larani ocultaba su rostro con la mano libre y jadeaba con fuerza.

—Agárrenlo otra vez —dijo el Cegador.

Entre los cuatro lo pusieron de pie, con los brazos en la espalda, bien sujeto. La sangre descendía por las mejillas del hombre y le caía por la barbilla, salpicando el suelo.

—Bájele los pantalones —ordenó, y la mujer, de un jalón, lo hizo, exponiendo a Nargol.

—Si no me dices dónde está el ojo del dragón inmediatamente, te dejaré eunuco.

—*¡El pueblo!* —chilló—. ¡Está en el pueblo! ¡Está en el pueblo! ¡En el pueblo! En el mesón de La Carreta, allí lo escondí. —Y se puso a llorar.

El Cegador sonrió y guardó su cuchillo.

—Vamos pronto, antes que amanezca. Todavía tenemos que llegar a Xulde.

—Jefe —dijo uno—, ¿quiere que me adelante para informar al barón?

—Sí. Que nos espere al anochecer en el antiguo faro, en luna llena.

El hombre salió, sin decir más.

—Nosotros, vamos al pueblo —ordenó.

Por un momento Alina pensó que se habían olvidado de Larani. Quizás había pasado ella a ser de terciaria importancia, y la dejarían allí a su merced, para morir lentamente de hambre, gritando por ayuda.

Por desgracia, estaba ya por salir cuando el Cegador se dirigió a otro de los suyos:

—Jorj, mata a la siana y entiérrala. Que no quede evidencia. No quiero que los Devotos se me vengan encima, esos malditos perros.

—Sí, jefe.

Con cuidado de no hacer ruido, Alina desenfundó. Sigilosamente comenzó a acercarse, escondiéndose detrás de los manojos y aprovechando la oscuridad del almacén.

Jorj tenía toda la pinta de un exsoldado. Macizo, con la cara de uno acostumbrado a ver sangre correr. Se acercó a siana Larani, quien le regresó la mirada, aunque con atisbo de temor.

—No es nada personal, madre ungida —dijo, su voz tranquila—. Por el respeto que tengo por mi propia madre terrenal, quien es una mujer devota de la santa unción, le prometo darle una muerte rápida y una sepultura a dos varas[5] bajo tierra, para que ningún animal profane su cuerpo.

—¿Matarías a una siana sabiendo que tu alma quedará condenada por toda la eternidad?

—Me preocupo por mi presente, madre. Ya después veremos lo que me pase en la eternidad. Estoy seguro que mi madre terrenal ofrecerá sacrificios por mí.

—Este es un pecado de muerte eterna. Lo sabes.

Jorj ligeramente sacudió los hombros.

—Para ser sincero, siana, esto no es lo peor que he hecho en mi vida.

Afuera sonaban los *¡jiá!* de los jinetes que, montando, se alejaban.

Jorj sacó un puñal.

—Espera, Jorj. No puedes matarme. Yo soy la madre ungida que resguardaba esa reliquia, el ojo del dragón. No podrán usarla porque está maldita.

Jorj caminó hacia ella.

—La única manera de quitar la maldición es por medio de un rito de bendición, uno que solamente yo sé cual es, y la madre visora de Xulde.

Jorj se puso de cuclillas frente a Larani.

—¿Crees que esa reliquia estaba allí nada más, que cualquiera puede usar su poder?

—El uso de ella no nos importa, solo el pago.

—¿Y no crees que el pago será mayor con esta información?

El bandolero se quedó pensando por un momento.

—Yo te puedo enseñar el rito. No es demasiado difícil. Tú vas y se lo enseñes a tu jefe. Le dices que me lo sacaste bajo tortura.

—¿A cambio de…?

—A cambio de mi vida. Te prometo desaparecer. Me iré a Acós, tengo una tía que es abadesa en un monasterio. Me dedicaré a la contemplación, jamás escucharán de mí de nuevo.

Aunque lo meditó por un momento más, Jorj sacudió la cabeza:

—Lo siento, siana. Tengo que cumplir con la encomienda.

Alina atacó. Había aprovechado la conversación para acercarse a espaldas del bandido, y arremetió haciendo descender su espada de forma vertical para romperle el cráneo de un tajo. Intentó hacer todo en silencio, pero justo cuando estaba por hacer descender la espada, de su garganta salió el gruñir producto del esfuerzo.

El sonido fue suficiente para que Jorj alcanzara a reaccionar con la rapidez necesaria para evitar que le partieran la cabeza, pero no para evitar que el filo descendiera sobre su hombro izquierdo, quebrándole la clavícula.

Bramando, Jorj se lanzó hacia atrás con todas sus fuerzas, su cabeza golpeándola en el pecho, y los dos se fueron de espaldas dando tumbos.

Alina se levantó inmediatamente, pero perdió su espada. Jorj se inspeccionó la herida. Era profunda y sangraba con abundancia. Levantó la vista:

—¿Y tú quién demonios eres?

Alina desenfundó su daga y una navaja, y se lanzó contra él.

6. EL PLAN

JORJ SE HIZO a un lado para evitar que le clavaran los puñales al tiempo que sacaba su espada. Su mano izquierda pendía prácticamente inerte, la sangre empapándole sus ropas.

Para sorpresa de Alina, repelió la agresión con sorprendente destreza, desviando un golpe y luego el segundo, para darle a ella una patada en la boca del estómago con tanta violencia que pensó vomitaría.

Levantó la mirada a tiempo para alzar las cuchillas en equis y evitar que Jorj lograra lo que ella había planeado hacer con él: partirle la mollera.

El hombre gritaba de furia, la saliva le cayó a Alina en el rostro.

Maldición, es extremadamente fuerte, incluso malherido.

Ella le lanzó una patada en la entrepierna para romperle los dídimos y acabar con esto de una vez, pero él giró la cadera y el golpe fue en la ingle. De todas maneras lanzó un alarido de dolor y se agazapó. Esta quizás sería su mejor oportunidad, así que intentó clavarle el puñal en el pecho, pero una vez más Jorj desvió con un movimiento de la espada de pura inercia.

—Maldita sea, mujer, ¿quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Suelta la espada, hijo del infierno.

Por supuesto, eso no sucedió. Aunque pálido por la herida, Jorj siguió luchando, lanzando mandobles a diestra y siniestra, haciendo que Alina retrocediera ante la fuerza de cada impacto.

Necesito mi espada. Pero Jorj, inteligentemente, la arrinconaba cada vez más lejos de donde había quedado su arma en el suelo, cerca de Larani.

Jorj escupió, sacudió la cabeza y miró su brazo izquierdo. Dijo:

—Solamente por esto voy a destazarte poco a poco.

—Aquí te espero, enfermo infernal.

Dio un paso hacia ella y de su pecho brotó la punta de una espada, manchada de escarlata.

—*Diosa* —masculló él, sorprendido.

El filo de la espada se retrajo y reapareció en su vientre. Jorj cayó de rodillas y luego al suelo, de lado. Detrás de él siana Larani empuñaba la espada de Alina, y con ella lo remató acuchillándole el cuello dos veces.

Alina se recargó contra la pared del establo y exhaló.

—Unción —dijo—, estuvo cerca.

Siana Larani se acuclilló junto a Jorj, elevó una plegaria por su alma, y limpió la hoja en las túnicas del caído.

La madre ungida había logrado hacerse de la espada de Alina alcanzándola con los pies y cortó los nudos que la tenían amarrada.

—¿Estás bien? —le preguntó a Alina.

—Estoy bien. Me dio un patadón en el vientre.

—Y tú uno allá abajo.

—Le fallé a las nueces por poco.

Larani se asomó por la puerta y dijo:

—Gracias sean dadas a la Madre. No están aquí.

Bendita la sagrada unción, pensó Alina. De haber estado cerca hubieran escuchado la trifulca y regresado. Habría sido casi imposible ganarles a todos, sobre todo si peleaban como Jorj.

—Tu espada —dijo la madre ungida regresándosela. Luego ella fue y tomó la que le pertenecía, y se la ciñó.

—Una madre ungida con espada al cinto. Vaya espectáculo —dijo Alina con una media sonrisa, envainando.

Era una escena curiosa de contemplar. Allí estaba siana Larani, una mujer de belleza incontestable, vestida todavía con las túnicas blancas de una madre ungida, pero éstas manchadas de tierra y lodo. Por si eso no fuera poco, algo que Alina jamás había visto: una madre en vestiduras litúrgicas con una espada en la cintura. A decir verdad, siana Larani se veía feroz, con una mirada que decía: «He matado antes y, de ser menester, lo haré de nuevo».

—Salgamos de aquí —dijo Alina—. En cuanto se les haga extraño que no regresa, vendrán. Al verlo muerto, nos buscarán.

—¿En dónde estamos?

—En el pueblo de Gulián.

Larani asintió.

Alina dijo:

—Hay un pueblo a dos leguas de aquí, rumbo a Xulde. Si nos apresuramos, podemos alquilar montura.

—¿Para ir a Xulde?

—Sí, allí nos podremos esconder. Nunca nos encontrarán.

—¿Escondernos, Alina? No, debemos ir al pueblo, a Gulián.

—¿Qué? ¿Para qué?

—¿No escuchaste? El ojo del dragón está allí. Tenemos que recuperarlo.

Alina no creía lo que acababa de escuchar. Al principio pensó que quizás la siana le jugaba una broma extraña, que en cualquier momento lanzaría una carcajada. Pero no era así. Larani tenía una mirada completamente seria, un semblante sombrío.

—¿Recuperar el ojo del dragón?

—Sí, Alina. Recuperarlo. Es una antigua y probablemente poderosa reliquia. Estaba debajo de mi templillo, escondida. Sin saberlo, yo era su guardiana, y siento responsabilidad por ella.

—¿Responsabilidad? ¡Ni siquiera sabías que existía!

—Pero ahora lo sé. Me pregunto si…, me pregunto si la madre visora lo sabía. De lo contrario, ¿por qué me envió allí? No tiene sentido.

—Puede ser que simplemente sea una casualidad. Es una reliquia legendaria, ¿no? Nadie sabía que existía.

—Supuestamente hace mil años los Devotos la encontraron en la isla del dragón. Pero, en algún punto de la historia, simplemente desapareció.

—Entonces *sí* es posible que estuviera allí sin que nadie lo supiera. Nadie vivo, por lo menos.

—Sí, definitivamente es posible. Que la abandonaron, por alguna razón, en un lugar donde nadie sospecharía. Pero de todas maneras no podemos dejar que esos rufianes se queden con ella. ¿No?

—Larani, tú mismo lo dijiste. La reliquia tiene una maldición. No se puede usar.

—¡Eso me lo inventé!

—¡Diosa Madre! —dijo Alina levantando las manos—. ¿Es en serio?

—¡Pues claro! ¿Cómo podía yo saber el rito de bendición? ¡Ni siquiera sabía de su existencia!

—Maldito sea el Espectro.

—Vi que te acercabas en las sombras, y decidí inventarme algo para ganar un poco de tiempo. Funcionó, por cierto.

—Al final, funcionó —replicó mirando al muerto.

—¿Entonces? ¿Iremos a por ellos?

—Amiga, escúchame bien. Nos van a matar. Son cuatro, e inmediatamente se nota que saben usar el acero. Ese grandote, el Cegador, es despiadado. No quiero ni imaginarme lo que nos hará si nos atrapa.

—Ahora imagínate de lo que será capaz con esa reliquia en su poder. Es posible que la venda, y si lo hace, la venderá a alguien peor todavía. ¡Las vidas de muchos podrían estar en juego! Además, ahora son tres. Eran cinco. Uno se fue a Xulde. El otro es él —dijo apuntando el cadáver de Jorj—. Podemos contra tres, sobre todo si los tomamos por sorpresa.

—¿Y cuál es el poder de la reliquia?

Siana Larani titubeó. Hizo una mueca y dijo:

—No estoy segura. Las leyendas tienen relatos conflictivos. Algunas historias dicen que el ojo del dragón es una reliquia de agorería.

—¿Ver el futuro?

—Exacto. Solo piensa lo que una capacidad así podría hacer, en las manos equivocadas.

—*Shejata.*

La madre ungida entornó los ojos al escuchar la maldición, pero no la reprendió.

Alina fue a la entrada del granero para asegurarse de que los bandidos no regresaban. Se quedó allí, pensando por un momento.

—Tenemos que movernos —le dijo Larani.

—¿Cuál es el plan?

—Los encontramos. Los emboscamos. Los matamos.

—¿Así de fácil, eh?

—Fácil no lo sé. Pero hay que intentarlo.

—¿O morir en el intento?

—Algo te puedo decir, Alina —respondió, con esos ojos como de felina—. No tengo planeado morir.

7. EL REGRESO

—EL MESÓN DE La Carreta está cerca de aquí —dijo Alina cuando entraron al pueblo.

—Excelente. Yo te sigo. Vayamos con cuidado.

Los astros anunciaban que comenzaba aproximadamente la cuarta vigilia. Es decir, les quedaban unas tres horas de luz.

Perfecto. Necesitamos toda la oscuridad que podamos, se dijo.

Alina se detuvo en una esquina y, con señas, le dijo a Larani que el lugar estaba a la vuelta. Se asomaron.

Afuera de la puerta montaba guardia Surema.

—Será difícil acercarnos —le susurró Alina al oído.

Larani asintió.

Podían intentar acercarse sin hacer ruido para sorprender a la ladrona, pero difícilmente algo así tendría éxito. Las vería, daría la alarma, y tendrían que pelear contra los tres, en desventaja numérica y sin suficiente luz.

—Esperemos, mejor —dijo la siana.

Eso hicieron. Ningún sonido salía del mesón, ni gritos, ni golpes. Solo silencio, excepto por el suave resoplido de los caballos sujetos en la tranca de amarre, cerca de la puerta de entrada.

—No los podremos emboscar, Larani. No aquí. Además, andan a caballo.

La madre ungida apretó los dientes. Sabía que tenía razón.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —dijo Larani.

—Esperemos a ver lo que sucede, antes de tomar alguna decisión.

Momentos después, el Cegador salió junto con su otro camarada, pero sin Nargol.

—¿Llegó Jorj? —dijo el Cegador.

—No —respondió la mujer.

—En marcha —dijo. Dicho eso, los tres montaron, espolearon, y se retiraron a todo galope en dirección opuesta a donde ellas se escondían.

Entraron al mesón, que daba la impresión de estar abandonado. Cuando Alina encendió su vela, lo confirmó. El lugar estaba en pésimo estado, triques tirados, sillas sobre las mesas, telarañas en todas las esquinas, algunas vigas del techo rotas.

Escucharon un gemido y automáticamente desenvainaron.

Era Nargol. Estaba en el suelo, recargado en una columna. Con debilidad se palpaba el pecho, de donde emanaba sangre. Le habían perforado el pulmón, y así sonaba, pues de su boca brotaba el sonido de uno ahogándose.

Se acercaron.

—Nargol —dijo Larani—, ¿puedes escucharme?

Era una escena lamentable, la sangre seca bajo las cuencas de los ojos, la respiración dificultosa. Era difícil pensar que era la misma persona de hace algunas horas.

Larani se agachó frente a él.

—Nargol, escúchame, soy la siana.

El hombre agitó la cabeza y se quedó quieto, como escuchando.

—¿Tomaron el ojo? ¿Tienen el ojo del dragón?

Nargol asintió.

—Lo tienen —dijo Larani irguiéndose.

—¿Qué hacemos con él? —apuntó—. ¿Lo sacamos de su miseria?

—¿Matarlo? No, la doctrina lo prohíbe. Elevaré una plegaria por él, y que la Madre decida su destino.

Alina no creía que sobreviviría ni una hora más. Cuando la madre ungida terminó la oración, le dijo:

—¿Regresamos al granero? No creo que sea la mejor opción. Será difícil sorprenderlos con un ataque.

—Es cierto.

—Entonces ¿vamos a Xulde? Podemos planear allí nuestra próxima movida.

—Sí —dijo Larani—. ¿Recuerdas lo que le dijo al que se fue para la ciudad?

—Le dijo algo sobre que el barón los esperara al anochecer en el antiguo faro, en luna llena. Eso es en dos noches.

—Eso dijo, exacto. ¿El barón? Vaya. Me pregunto a quién se refiere.

—Tenemos tiempo. Podemos hacer lo que dije, alquilar caballos en algún pueblo cercano.

—Y desayunar. Tengo muchísima hambre.

Nargol ya no se movía. Estaba muerto.

—::—

Llegaron a un pueblo cuando amanecía. Una posada sin nombre, pequeña pero bonita, una casita de adobe pintada de azul, acababa de abrir puertas. Entraron, una viejita de cara arrugada y con el cabello blanco sujetado en forma de cebolla lanzaba agua al suelo.

—Buenos días, señora —dijo Alina—. ¿Ya está abierto?

Ella las miró con una sonrisa amable.

—Claro que sí, señorita…, y madre ungida. Tomen asiento —dijo. Sus cejas se arquearon al ver la espada a la cadera de Larani, pero no dijo nada.

Habiéndose sentado, la posadera se acercó:

—Puedo ofrecerles el desayuno. Huevo revuelto con jamón, frijoles, y una rebanada de queso. Sidra o leche.

—Sidra para mí —dijo Alina.

—Yo, leche.

—Perfecto. Ya regreso. Bienvenida, señorita, bienvenida, madre.

Le dieron las gracias y ella se retiró.

—A menos que quieras causar una conmoción en cada pueblo por el que pasemos, necesitas cambiarte de ropa. De lo contrario, estarán hablando de la madre espadachina por el resto de sus vidas.

—Además, me da vergüenza andar así, con la túnica tan sucia. Es sacrilegio.

—Seguramente habrá algún mercado aquí donde podamos por lo menos conseguirte una capa.

—No, está bien. Lleguemos a Xulde, allí puedo cambiarme. Cuando consigamos caballos, esconderé la espada, o algo.

Comieron de buena gana. Larani pidió un segundo plato, y después de beberse la leche, pidió un vaso de sidra que se tomó de un trago.

—Santa unción —dijo la madre ungida—, moría de hambre.

Pagaron, usaron la letrina, y en la posta alquilaron un bayo y un tordillo. Salieron del pueblo a trote, pues no tenía mucho caso apresurarse demasiado. Además, los caballos no daban para ir a galope. Llegarían a la ciudad pasado el medio día.

—Si queremos recuperar la reliquia, necesitaremos más espadas —dijo siana Larani.

—Probablemente. Aunque sigo pensando que es una encomienda destinada al fiasco.

—Antes me haz contado de tus amigos. Los ladrones. ¿Cómo se llaman? La cofradía de algo…

—Sí. La Cofradía del Pacto. Aunque todavía no estoy segura por qué se llaman así, a decir verdad.

—¿Crees que nos ayuden?

—Nos ayudarían si estuvieran en la ciudad. Pero no están. Hace media semana salieron en barco a Percoratán. Un «trabajo» allí.

—Maldito sea el Espectro —dijo, chistando—. Tienes amigos lugartenientes, ¿no? ¿Algún alguacil que nos auxilie?

—Pudiéramos intentarlo. Aunque dudo mucho que nos echen la mano. Siempre están sobrecargados, y dudo que cuando les contemos la historia sobre una reliquia perdida, nos hagan mucho caso. Sobre todo si necesitamos ayuda inmediata.

—¿Entonces? No podremos nosotras solas.

—¿Ah, no? ¡Hace unas horas querías emboscarlos!

—Las cosas han cambiado. No sabemos cuántos de ellos irán al faro. ¿Y si el barón viene con guardias?

—El problema es que tenemos poco tiempo. Aunque…, quizás…

—¿Sí?

—Quizás las gemelas nos quieran ayudar.

—¿Las gemelas?

—Sí. Zila y Zula. Son mercenarias, también.

—¿Amigas tuyas?

—No. Definitivamente no son mis amigas. Pero no se me ocurre nada mejor.

—¿Sabes encontrarlas?

—Sí que lo sé.

8. UNA PROPUESTA

DEJARON LOS CABALLOS en la posta cercana al templillo de siana Larani, y de allí fueron hacia los aposentos de la madre ungida.

—Por la bendita unción —dijo la siana al ver que la puerta de su pequeña casa estaba abierta —. Ni siquiera se tomaron la molestia de cerrarla. Malditos sean esos soldados, flojos e inútiles.

—Lo siento, Larani. Quizás debí haberme asegurado de ello antes de partir.

—No, tú hiciste lo correcto. Sabías que estaba en apuros y te apresuraste.

Entraron a un desorden, pero más que nada, a una habitación saqueada.

—Los muy malditos se llevaron hasta mi ropa. Lo peor de todo es que seguramente fueron los mismos que vienen al oficio. ¡Sinvergüenzas!

—¿Tenías objetos de mucho valor aquí?

—Lo más valioso que tengo lo dejaron intacto —dijo al acercarse con una sonrisa al librero de cuatro repisas en una esquina—. Los muy cabeza huecas no saben que tan solo este —tomó un libro— debe valer unos quince talanes. Pero bueno, debo estar más bien agradecida.

—La comida también se la llevaron toda.

—Debió ser lo primero que hurtaron. De cierta manera lo entiendo. Es gente pobre.

—¿Alguna otra cosa de valor?

—Probablemente la espada, pero la tengo conmigo, gracias a la Diosa. De habérmela robado la buscaría hasta encontrarla. Es un buen acero. Además de eso, tenía escondida en el baúl una bolsa con dinero, unos veinte talanes. También se la llevaron. El resto de mi dinero está en el banco. Aunque no es mucho, a decir verdad.

—¿Se llevaron toda tu ropa?

Larani abrió el ropero, un mueble viejo y despintado.

—Parece que sí…, ¡espera! Mira, olvidaron una prenda.

La sacó. Era una túnica sencilla celeste, de mangas largas y capuchón.

Sin decir más, Larani se desvistió. Debajo de la túnica litúrgica traía su ropa interior, una sola prenda blanca y fina que le llegaba a mitad de los muslos. Alina se preguntó si la madre ungida se ejercitaba, porque para tener un cuerpo así de delgado y fuerte después de los veintitantos años era solo posible con ejercitación, sobre todo si no hacía viajes largos a pie. Larani se puso la túnica, que le quedaba ceñida al cuerpo.

—Hace unos dos años que no me la pongo, pero todavía me queda.

—Te queda muy bien.

Se ajustó el talabarte a la cintura, con la vaina a la izquierda.

—Vamos a buscar a tus amigas —dijo la siana.

—::—

La taberna, cerca del muelle, era grande y estaba atiborrada de gente. Parecía que adentro se celebraba una fiesta. En el centro, en una plataforma circular de madera, tres músicos tocaban con enjundia, uno cantaba y tocaba la lira, uno el pandero, y otro una flauta. Los comensales,

hombres y mujeres, cantaban al son, batiendo las manos o zapateando. En una esquina un juglar hacía malabares con dagas, y en el otro extremo del salón un encantador de serpientes deleitaba a su público mostrándoles un par de víboras exóticas.

—Imagino no es el tipo de lugar que normalmente visitas —dijo Alina con una sonrisa burlona.

—He estado en lugares mucho peores.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Historia para otro día.

—La voy a querer escuchar, ¿eh?

—Ya veremos, ya veremos. ¿Y tus amigas?

—Allí —dijo apuntando a la barra. Efectivamente, detrás de ella dos mujeres servían las bebidas. Eran gemelas idénticas, ambas altas, por lo menos una cabeza más que Alina. Musculosas, de semblante feroz, tez canela y ojos grandes, marrones. El cabello, muy negro, lo llevaban recogido en dos trenzas que reposaban en su prominente busto. Una de ellas en lugar de ceja izquierda tenía una cicatriz horizontal que le llegaba hasta la oreja. Ambas servían bebidas con una sonrisa en la cara, cantando con fuerza.

—¿Trabajan aquí? —preguntó siana Larani.

—Son las dueñas.

—Vaya, bien por ellas.

—Este lugar era de su abuelo, luego de su padre, ahora les pertenece.

—¿Falleció su padre?

—Las malas lenguas dicen que ellas lo mataron. Ven, vamos.

Se acercaron al mostrador, encontrando un espacio angosto entre dos personas. Inmediatamente el hombre de la derecha, muy gordo y muy ebrio, ofreció pagarles la bebida a las bonitas señoritas, cosa que ellas declinaron, aunque a decir verdad, Alina pensaba que le vendría muy bien un tarro de aguardiente.

Había conocido a Zila y Zula Buldeande hacía unos cinco años, cuando su padre vivía y era un conocido mercenario en la ciudad, aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta. Para todos, el señor Zoldán Buldeande era un respetado mercader y dueño de diversos establecimientos, incluyendo la taberna de La Carraca Hundida.

Coincidió en aquel tiempo que tanto las gemelas como ella buscaban lo mismo: un forajido por el que daban cien talanes, vivo o muerto. Era un buen dinero, y Alina lo encontró primero y lo mató, cobrando la recompensa. Sin embargo, las gemelas llegaron un par de horas tarde, y desde entonces le tenían rencor y posiblemente envidia por la fama que ella, la apodada Sombra, había adquirido en los últimos años.

Las dos eran mujeres guerreras y despiadadas. Lo sabía porque en una ocasión las vio en una escaramuza, en pleno mercado del muelle, peleando contra cinco hombres que medio borrachos habían dicho algo sobre su estatura, cosa que no les resultó gracioso. De los cinco mataron a tres en cuestión de momentos, y los otros dos salieron despavoridos y heridos. Una multitud fue testigo de lo sucedido, muchos reconociendo a las hermanas, pero cuando llegó la ley nadie se atrevió a delatarlas. Por lo menos nadie que quisiera preservar esa noche su cuello intacto.

Zila, que era la mayor y la de la cicatriz, cruzó miradas con Alina y se quedó congelada por un momento. Le dio un codazo a su hermana y apuntó en su dirección con el mentón. Se acercaron, difícil descifrar la expresión de su rostro, que más bien parecía de diversión.

—La Diosa Madre nos sonríe, hermana —dijo Zila a Zula—, al traer a nuestro humilde

establecimiento tan reconocido personaje, ¿eh?

—Me siento apenada de no poder recibir como se debe a una mujer como ésta que, en nuestra línea de trabajo, podría ser considerada de la realeza.

—Gusto verlas —dijo Alina, tomando los comentarios sin ofensa y con una sonrisilla. Le era indiferente lo que las personas pensaran de ella, y eso incluía a las gemelas.

—¿Vienes con una amiga? ¿Una pareja?

—Ella es —comenzó Alina, e iba a decir siana Larani, pero mejor dijo—, ella es Larani. Amiga.

—Hola, Larani, amiga —dijo Zula.

—Un placer —dijo Larani sin achicarse.

—¿Qué están bebiendo el día de hoy? La casa paga —dijo Zila.

—Aguardiente para mí —dijo Alina.

—Vino, por favor —dijo Larani.

—Va que va —dijo Zula y, momentos después, frente a ellas un tarro y un vaso de vidrio.

Alina tenía sed, así que se bebió la mitad de un trago.

Ah, mucho mejor, hasta se me abrieron los ojos.

—Hermana, ¿cuándo fue la última vez que vimos a nuestra amiguita? —dijo Zila a su hermana.

—Algún episodio que probablemente quiero olvidar, hermana. Es difícil pisarle los talones a —y luego en voz bajita— *la Sombra.*

—Shh, hermana —dijo Zila con el dedo índice frente a los labios—, no digas ese nombre aquí, que es secreto. Si te descuidas, tendremos a tres asesinos por la puerta en la próxima hora, buscando su cabeza.

—Me pregunto cuánto nos darían por su cabeza, ¿eh?

—No, hermana, no digas eso. Nunca haríamos algo así, ¿eh?

—¡No, para nada! Mucho menos con Alina. Nuestra amiga. Nuestro ejemplo. Pudiera ser nuestra hermana gemela perdida.

Y las dos lanzaron una carcajada.

Alina pensó que ciertamente no le gustaría enfrascarse en una pelea a muerte contra las gemelas. Podía derrotarlas, sobre todo una contra una. Las dos contra ella…, no estaba tan segura. ¿Podían ellas traicionarla? ¿Decirle a sus enemigos que estaba allí? Quizás, pero consideraba que no lo harían. En el momento que hicieran algo así, el resto de los mercenarios dejarían de trabajar con ellas. No es que tuvieran un código, simplemente se trataba de sentido común entre aquellos que se dedicaban a la misma cosa. Además, si bien había rivalidad entre ellas, nunca habían tenido un verdadero desacuerdo. Simplemente, en el pasado, Alina les había ganado todas las carreras. Fuera capturar a una persona, o recobrar algún objeto.

A Alina no le gustaba perder. A las gemelas tampoco.

—Sé que nuestra taberna es la mejor en la ciudad —dijo Zila—. Pero estoy completamente segura que no viniste junto con tu amiga para disfrutar de este hermoso ambiente.

—No, vinimos por otra razón. Una propuesta de negocios

Las hermanas se pusieron serias, y se miraron entre sí.

—Si Alina Araluz de Oamande viene con una propuesta —dijo Zula—. Definitivamente quiero escucharla. Pero no aquí.

Zila apuntó a una puerta en la esquina.

PARTE II



9. EL FAVOR

EL CUARTO ERA definitivamente más privado, sin ventanas, aunque escuchaban el barullo de la taberna al otro lado de la puerta.

Se sentaron a una mesa redonda. Un hombre delgado y calvo, con una nariz grande y puntiaguda al que apodaban el Pollo, les trajo vino, queso, pan y jamón.

Zula tomó vino, dejó el vaso en la mesa y se recargó hacia atrás en la silla con ambas manos detrás de la nuca. Al parecer, su hermana sería la que hablaría.

Zila se echó una rebanada de jamón a la boca y, masticando audiblemente, dijo:

—A ver, Alina, ya sabes que no nos gusta andar con rodeos. Al grano.

—Al grano, pues —respondió—. Necesitamos ayuda para recobrar un artefacto.

—¿Qué artefacto?

—No puedo darles esa información.

—Vamos, Alina, ¿de qué artefacto se trata?

—No puedo darles esa información —recalcó, firme—. Solo esto: es pequeño, cabría en mi mano. Seré yo, o Larani, la que lo lleve cuando lo recuperemos. Esa es una condición indispensable.

—¿Quiénes lo custodian?

—Por lo menos sabemos de tres personas, pero es posible que haya más.

—Explícate.

—El artefacto está en poder de uno, el cual creemos lo venderá a otro. Así que hay algunas variables que no sabemos. Por ejemplo, no sabemos exactamente cuántas personas estarán en ese encuentro, el cual debemos nosotros de alguna manera impedir o, en dado caso, interrumpir. El que lo tiene es uno al que apodan el Cegador.

Zula se inclinó hacia adelante, con los brazos ahora sobre la mesa:

—¿El Cegador, dijiste?

—El mismo.

Zila lanzó una colorida blasfemia. Alina de soslayo miró a su amiga, pero su rostro permaneció impertérrito.

—¿Lo conocen? —preguntó Larani.

—¿Conocerlo? —dijo Zila.

—Tenemos cuentas pendientes con él —dijo Zula.

—¿Cómo demonios han cruzado pasos con ese hijo del Espectro? —preguntó Zila.

Alina se encogió de hombros:

—Ya sabes cómo es nuestro trabajo. Lidiamos con este tipo de personajes todo el tiempo.

—No como el Cegador, Alina. Te lo puedo asegurar. Ese hombre tiene algo descompuesto acá arriba —dijo Zila apuntándose a la sien—. Pocos hay peligrosos, y tan desquiciados, como él.

—Pues bien, tiene algo que nos pertenece, y lo queremos de regreso.

—El Cegador nunca anda solo. ¿Sigue con él la mujer?

—Sí, una grandota.

Las gemelas se miraron.

—Con ella también tenemos una cuentita pendiente —dijo Zila—. Bueno. *Hmm*. Nos interesa el trabajo, Sombra. Pero aquí va la pregunta crucial: ¿a cambio de cuánto?

—No tengo dinero.

—Vamos mal, entonces, amiguita.

—Pero tengo algo mejor.

—A ver.

—A cambio de un favor. El que quieran.

Las gemelas, como en una coreografía, se recargaron contra el respaldo de sus respectivas sillas y se cruzaron de brazos. Los ojos de ambas la miraban intensamente. El silencio se prolongó.

—¿De qué tipo de favor estamos hablando? —dijo Zila.

—Carta blanca. Lo que quieran. Puedo ponerlo por escrito, si gustan.

La gemela negó con la cabeza:

—Tu palabra es suficiente, Sombra. Pero lo que ofreces no es cualquier cosa. ¿Cuándo podemos cobrarlo?

—Cuando ustedes quieran.

Las gemelas se miraron.

—¿Incluso hoy? —preguntó Zila, entornando los ojos.

Alina titubeó por apenas un momento. Luego dijo:

—Incluso hoy.

—Pues bendita sea la providencia de la Madre —dijo la mercenaria de la cicatriz—, porque tenemos un trabajito hoy por la noche con el que podrías echarnos la mano.

—Algo sencillo —apuntó Zila.

—Pero me parece que podríamos usar un par de manos más.

—Cuenten con nuestras espadas —dijo Alina.

—Espero que las traigan bien afiladas —dijo Zila.

—::—

Esa noche hacía frío, algo de viento, y las nubes cargadas de lluvia ocultaban la luna y sus titilantes acompañantes.

Las gemelas llegaron con un ayudante: su novio, Kel. Así lo presentaron: «Nuestro novio». Alina prefirió no pedir más información sobre lo que eso significaba, pues ya se imaginaba. Era un hombre ligeramente más bajito que ellas, pero igual de fuerte. Llevaba una camisa negra sin mangas que dejaba ver sus brazos. Tenía la cara afilada, el cabello negro, muy liso, que le bajaba hasta los hombros, y una espada además de un par de dagas al cinto. En la espalda, sujetada con correa, un arco y su aljaba con varias flechas. Bien armado iba el hombre.

Alina estornudó y se arropó en la capa. Le comenzaba un dolor de cabeza además del cosquilleo en la nariz y garganta.

—En la noche te prepararé un jarabe para el resfriado —le dijo Larani.

Andaban por un callejón detrás de las gemelas y el novio. De acuerdo a Zila, el «trabajito» consistía en visitar a uno que llamaban el Mocho, que les debía un par de talanes. «Un hombre inofensivo», había dicho Zula, pero algo le decía a Alina que si necesitaban dos personas extra,

además de Kel, era porque el susodicho posiblemente no era tan inofensivo como sugería la gemela.

De todas maneras, no había mucho qué objetar. Al final, se trataba de un beneficio mutuo. Primero ayudarían a las gemelas, luego ellas regresarían el favor.

El resto del camino fue en silencio. Al parecer Zila, Zula y Kel no andaban en humor platicador.

Finalmente se detuvieron.

—Es allí —dijo Zila apuntando a una casa. Tenía una barda alta de piedra que delimitaba el terreno, con una puerta metálica como entrada única.

—Parece un lugar bien resguardado —dijo Alina.

—Bah, no te preocupes. El Mocho es un ladroncillo con complejo de persecución. Siempre cree que alguien quiere cortarle el cuello.

—¿Como por ejemplo, ustedes? —preguntó Larani.

—No, nosotras no queremos eso, solamente que nos regrese un par de moneditas.

Llegaron a la puerta y Zila tocó con fuerza varias veces, hasta que un par de ojos asomaron por la rendija.

—Dile al Mocho que ya llegamos —dijo Zila.

—¿Quién lo busca?

—Ya lo sabes bien, sabandija del demonio. Pásale el recado o te clavo una daga en un ojo, ¿eh?

Los ojos desaparecieron apresuradamente.

—Esta gente —dijo Zula negando con la cabeza—. Actúan como niños. Con eso tenemos que lidiar. ¡Con niños!

Alina tenía un mal presentimiento. Las dos gemelas se comportaban demasiado serias. Si este era un trabajo sencillo, estarían de mejor humor. Más bien sospechaba que no le daban toda la información, posiblemente para que no se rehusara a ayudarlas.

Notó, entonces, que Larani sudaba y su respiración era profunda. Estaba nerviosa. Era una mujer valiente, pero fuera de su elemento. Su lugar era alrededor de libros teológicos, de eruditas, de madres ungidas.

No en un barrio de mala muerte con un grupo de mercenarias.

Puso su mano sobre el hombro de su amiga, y asintió: «Todo estará bien», le dijo con la mirada.

Eso espero, pensó cuando la puerta se abrió.

10. EL RELÁMPAGO

ENTRARON A UN patio, la entrada a la casa a unos quince pasos. Detrás de ellas el criado cerró la puerta.

—Deja la puerta sin cerrojo —le ordenó Zila.

Al hombre no le pareció la propuesta, pero cuando Kel dio un paso en su dirección, accedió. Solamente la cerró.

—Dice el Mocho que si por favor lo esperan aquí. Ya viene.

—Dile que no se tarde, porque tenemos cosas qué hacer —dijo la mayor de las gemelas—. No vinimos de paseo.

El criado se retiró y entró a la casa.

—Ya que estamos aquí —dijo Alina, tosiendo, pues la garganta le empeoraba—, y no hay opción de retirarnos, ¿nos dices a qué atenernos?

Zila se lamió los labios. Observaba con mucho cuidado la fachada de la casa, en especial el techo y las ventanas, que estaban cerradas. Zula y Kel la imitaban.

Buscan arqueros, pensó Alina.

—El Mocho está un poco desquiciado.

—O un mucho desquiciado —agregó su hermana.

—Hace un mes visitó nuestro establecimiento junto con algunas amiguitas. Le dimos crédito para que tuviera su fiesta con la condición de que nos pagara en una semana. Festejó como el duque mismo. Escuchamos que acaba de cobrar por un encargo, y puesto que tiene plata en los bolsillos, es el momento perfecto para pedirle lo que nos debe.

—Un par de talanes —dijo Alina, con un tono seco.

—Poquito más, poquito menos.

—Dijiste que no querían cortarle el cuello. ¿Pero si las cosas se ponen calientes…?

—Si la cuestión se torna interesante —dijo la gemela poniendo la mano en el pomo, sin quitar la vista de la casa—, puedes rebanarle cualquier parte del cuerpo que se te antoje.

La puerta se abrió. Salió primero el criado, seguido por un hombre bajito, barrigón pero musculoso, en pantalones y sin camisa, una amplia sonrisa en los labios. En el pecho tenía un tatuaje grande de un águila con las alas extendidas.

—¡Las hermanas Buldeande! —dijo con las manos abiertas como para abrazar—. ¡Qué gusto!

—El gusto es todo tuyo, Mocho —respondió Zila, seria.

—Vamos, vamos, ¿por qué esa actitud? Si aquí somos amigos todos. No era necesario traer toda una comitiva. A él lo conozco, pero a las dos hermosuras no. ¿Me las presentas?

—Te las presento cuando sea necesario una presentación —dijo la gemela mayor.

El Mocho puso ambas manos sobre la cadera, todavía con la sonrisa en el rostro, pero los ojos endureciéndose.

—Bueno, pues, si las cosas van a ser así, está bien. ¿A qué debo la visita?

—Dos motivos. El primero, ver tu hermosa cara. El segundo, cobrar lo que nos debes.

—No era necesario venir hasta aquí para eso. Dije que pagaría, y lo haré. Yo cumplo con lo que digo.

—Cumples con lo que dices, ¿eh?

—Pero si ya lo sabes, Zila.

—Recuerdo que fuimos específicas contigo. Te daríamos lo que quisieras, siempre y cuando lo pagaras en siete días con sus respectivos intereses. Pero a menos que midas los días de una manera diferente al resto del mundo, nos parece que ya te pasaste de la fecha. ¿O estoy equivocada, hermana?

—Estás en lo correcto, hermana. Diría que se ha pasado por varios días.

—Válgame Diosa —dijo el Mocho—. Cuánta intensidad por unas cuantas moneditas.

—Cien talanes, para ser exactos —dijo Zula.

Maldita sea, pensó Alina. *Un par de talanes, por la Madre santa.*

La sonrisa se borró de la cara del Mocho.

—Ochenta, diría yo.

—Con intereses, cien.

—Dejémoslo en noventa para que quedemos todos felices.

—Estamos dispuestas a aceptar los noventa. Aquí te esperamos mientras los traes. Mueve las pezuñas que el tiempo apremia.

—¿Ahora? No, mis gemelas primorosas, mañana pasaré por la taberna para darles la plata. Mañana.

Un silencio.

—¿Mañana, dices?

—Pues claro. Estoy ocupadito.

—Te esperamos mientras te desocupas, *Mochito*.

El hombre se rascó la frente. Miró en dirección de la casa, luego de regreso a ellas, y exhaló, exasperado.

Justo en ese momento, por razones no completamente obvias para ella, Alina se preguntó si su padre tenía razón. Si había traicionado a su familia y a su clan al abandonar las montañas y la oportunidad de convertirse en la lideresa del clan. ¿Todo para qué? ¿Para estar aquí, esa noche, arriesgando el pellejo por…, por una supuesta reliquia? ¿Había sido todo un error? ¿Había tomado la peor decisión de su vida al venir a vivir entre los zurmeldanos?

—No hagamos la cosa más complicada, Mocho —dijo Zila, reposando la palma sobre la empuñadura.

—Válgame, Diosa, está bien. Entren, les ofrezco un poco de vino, les doy el dinero, y listo.

Nadie se movió.

—Vamos, Zila, tendré que contar el dinero. Amontonarlo. Mientras el criado lo hace, nos tomamos una copita.

Zila se lamió los labios:

—Podría tomarme una copa, sí.

El hombre se dio la media vuelta y, seguido de su siervo, entró en la casa, dejando la puerta abierta.

—Esto no me gusta —dijo Alina—. No conocemos la casa. No sabemos cuánta gente hay adentro.

—No te preocupes, Sombra. Solamente sigue nuestra pauta, y todo estará bien. Además, ¿no tienes sed?

No tengo sed. De hecho, tengo la boca seca. Y es que sentía ese extraño cosquilleo en el vientre cuando algo no le cuadraba.

Siguieron a la gemela y entraron a un comedor espacioso, donde una chimenea ardía en la esquina. El lugar se sentía demasiado caliente, y el humo del tabaco era espeso. En el centro había una mesa rectangular y larga, pero baja, como para reclinarse en ella. Estaba llena de comida, frutas, nueces, quesos y carnes. Además, tarros de cerveza y copas de vino por aquí y por allá, algunas a medias, otras tiradas con el líquido derramado sobre la mesa o el piso.

Sentados sobre cojines seis personas, cuatro hombres y dos mujeres, todos semidesnudos y en diversos grados de ebriedad.

—Te la estás pasando bien, Mocho —dijo Zila—. Debiste haber recibido buena plata.

—Ya sabes cómo son las cosas, a veces hay abundancia, a veces sequedad, pero siempre alegría. —Y soltó una risa maniática. Luego se dirigió a su criado—: Ve y cuenta el dinero, tráemelo.

—Sí, mi señor. —Se retiró subiendo unas escaleras.

Alina notó por primera vez que a Mocho le faltaban tres dedos de la mano izquierda. Solo tenía el pulgar y el índice.

—Bienvenidos todos a mi humilde hogar —dijo—. ¿Un poco de vino? Ferró, sírveles a todos.

Ferró, un grandote con vientre bien alimentado, cuyas partes íntimas apenas eran cubiertas por un pedazo de lino, con dificultad se incorporó para agarrar un par de copas y servirlas. Habiéndolo hecho, se puso de pie y lanzó una mirada lujuriosa a Alina.

—¿Quién gusta?

Las dos gemelas tomaron las copas.

—El guapetón este, ¿tomará algo? —dijo Ferró esbozando un intento de sonrisa. Kel negó con la cabeza.

—¿Y ustedes dos? Por la Diosa que jamás había visto mujeres tan hermosas. ¿Por qué no se quedan el resto de la noche? Se divertirán como nunca en su vida.

El hombre, que como una boa se acercaba a ellas, se detuvo cuando Alina dijo:

—Acércate un poco más y te clavo la daga en el ombligo. A ver qué tan divertido te parece.

Ferró rugió, una carcajada que hizo bailar su vientre de arriba a abajo:

—Por los espíritus inmundos, Mocho, ¿qué clase de amigos traes el día de hoy? —dijo caminando a la mesa y sirviendo otra copa.

—De los que te gustan, Ferró —dijo el Mocho, serio. Agregó—: En el pasado Ferró fue torturador a servicio del ejército de su majestad.

—Ah, pero de eso hace mucho. Ahora me dedico al deleite. —Le dijo a las gemelas, los ojos brillando—: Si lo que buscan es éxtasis, yo puedo darles en cantidades que no pueden ni imaginar.

—¿Tú con nosotras dos, eh? Seguro que lo sueñas.

—Un sueño que se puede volver realidad —dijo acercándose con la copa en la izquierda.

—Lo dejaremos para tus sueños, gordito. Por ahora solamente venimos por la plata.

Ferró, mirando a Mocho, lanzó otra carcajada.

La señal fue casi imperceptible, pero Alina estaba en alerta, por lo que percibió el gesto: un leve asentir del Mocho.

Cómo pudo Ferró tener escondida una navaja en sus calzoncillos no tenía idea. Todavía no terminaba de reírse y ya se abalanzaba sobre el cuello de Zila. La gemela quizás también se olió

la jugarreta, porque dio medio paso hacia atrás, con su mano derecha sujetó la muñeca que blandía la navaja, lanzó su hombro hacia el pecho del grandote y usando su impulso lo lanzó a volar por encima de ella como si fuera un costal de manzanas.

Mientras tanto, Alina ya corría hacia Mocho con espada en mano. Los hombres y las mujeres a la mesa sacaban armas escondidas bajo los cojines y se ponían de pie, extraños sonidos saliendo de sus gargantas. Pero antes que pudieran hacer nada, Alina de tres zancadas llegó hasta donde estaba Mocho, quien al verla aproximarse con tal velocidad se quedó paralizado, quizás pensando que sus amigos reaccionarían a tiempo para protegerlo. Pero no fue así. Abrió los ojos grandes al instante que la punta de la espada se deslizaba entre las costillas y le perforaba el corazón.

Mocho se miró la herida que, al principio, no parecía existir. Pero luego la mancha de sangre se extendió en su pecho y gritó, un chillido corto y seco, los ojos saliéndose de sus cuencas y las venas saltando en su cuero cabelludo. Se fue al suelo, el golpe seco de la cabeza golpeando el suelo.

Instantáneamente se giró Alina, lista para deshacerse del próximo enemigo.

Ferró estaba tirado de frente, con la espalda sangrando de varias heridas. No había tenido tiempo de incorporarse antes de que le llenaran la espalda de agujeros.

Zila, Zula, Kel y Larani blandían sus armas. El resto de la compañía del Mocho había decidido que preferían vivir un día más, y soltaron todos sus aceros.

—Kel —ordenó Zila—. Ve arriba y tráete todo el dinero que haya. Si el criado opone resistencia, mátalo.

Kel asintió y obedeció.

Fue Zila la que ahora lanzó una risotada:

—Vaya, Alina. Además de sombra, eres un relámpago.

11. LOS APOSENTOS

—¿SEGURA QUE ESTÁS bien? —le pregunto a Larani.

—Lo estoy.

—¿Podrás dormir?

—Dormiré bien. No te preocupes.

—Casi no comiste.

—No tengo tanta hambre. Pero estaré bien.

Era casi la medianoche y se encontraban en el lugar favorito de Alina: sus aposentos. El edificio donde alquilaba habitación era de tres pisos, y ella vivía en el tercero, con vista hacia el mar, y el castillo imponente a la izquierda. Una vista, francamente, espectacular. Una de las razones por las que se decidió por ese lugar fue precisamente la vista.

No era un lugar grande, pero más que suficiente para ella. Se entraba hacia la sala de estar, con un par de sillones largos y uno corto, y una mesita central. Un comedor para dos personas y una cocina modesta con una estufa de hierro en la esquina, que servía tanto para cocinar como para calentar el lugar. El piso de madera estaba adornado con diferentes tapetes coloridos, y las paredes lucían libros en estanterías. Pasando la puerta estaba su habitación, donde apenas cabía su cama, un buró y un armario mediano con su ropa.

Algún día se mudaría a la casa de sus sueños, posiblemente a las afueras de la ciudad, con un cuarto de estudio donde le cupieron todos los libros que quisiera, un escritorio grande de madera y ventanales amplios para que entrara la luz y el viento. Algún día…

Hacía poco tiempo que llegaron de donde el difunto Mocho. Kel había bajado con un cofre y un par de bolsas de tela que tintineaban, y al salir de allí cada quien se fue por su camino, habiendo acordado que se verían el próximo día en la taberna de las gemelas para que ellas cumplieran con su parte del acuerdo.

Cuánto dinero sacaron esta noche, Alina no lo sabía y tampoco le importaba. No era parte del trato.

La muerte del Mocho y Ferró, sinceramente, no le pesaba sobre su conciencia. Eran hombres que hace mucho debían estar encerrados o a un par de varas[6] bajo tierra.

Sin embargo, la siana seguía pálida, no había cenado bien y le temblaban un poco las manos. Eso sí, inmediatamente llegaron, Larani le preparó un jarabe para la garganta de miel con limón, un toque de menta, raíz de regaliz, jengibre y tomillo fresco, hervido en agua. Inmediatamente se lo tomó y comenzó a sentirse un poco mejor.

—Haz pasado por muchas cosas en poco tiempo —dijo Alina—. El día de mañana no tienes que venir. Espérame aquí, yo regresaré con el ojo, si es la voluntad de la Diosa.

Estaban ambas sentadas en un sillón, con una copa de sidra en la mano, aunque Larani no le había dado ni un sorbo.

—No, prefiero ir. Es importante.

—Larani, no tienes nada que probar.

—No se trata de eso. Simplemente…, he estado cerca de la muerte en dos días. Nunca me

había pasado eso. Me parece que apenas estoy cayendo en cuenta. Podría estar muerta. Puedo defenderme y soy relativamente buena con la espada, no tan buena como tú, por supuesto, pero incluso con todo eso podría estar muerta.

—Sí —respondió Alina sin estar segura cómo responder.

—Al mismo tiempo, si estoy viva es por voluntad de la Madre. Por lo tanto, tengo una misión a cumplir. En este caso, me parece que es recuperar esa reliquia.

—Haremos todo lo posible.

Siana Larani le dio un trago a su copa. Se tronó el cuello y se recargó de nuevo en el sillón.

—¿Ésta es tu vida? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—¿Arriesgar el pellejo constantemente?

—No, la verdad es que no. Es decir, no siempre. En la gran mayoría de los trabajos ni siquiera he sacado la daga.

—Sin embargo, lo has hecho muchas otras veces. Matado gente.

Alina respiró hondo:

—Sí. Para mí la cuestión es sencilla. Si se trata de mi vida o la de alguien más, siempre escojo la mía.

—¿Sin excepción?

—Sin excepción hasta ahora. Hipotéticamente podría estar en una situación en la que prefiera dar mi vida, pero en mi línea de trabajo no creo que suceda algo así, o por lo menos sería muy raro.

—¿Cómo llegaste a esto? Hasta ahora he preferido no preguntártelo. Hemos hablado de todo, pero no de la razón por la que te convertiste en una mercenaria. Y no cualquier mercenaria. ¡La Sombra!

Alina sonrío, débilmente. Hace un par de años se habría sentido halagada, pero hoy ya no tanto. Simplemente era lo que era. Se convirtió en una famosa cazadora y se sentía satisfecha por eso, nada más. Al final, era un trabajo.

—Algunas veces yo también me lo pregunto. Comenzó de manera sencilla, casi tonta. Cuando llegué por primera vez a Xulde no conocía a nadie. Tenía un poco de dinero, así que encontré un lugar para alquilar y pasar la noche en el barrio de las cuatro lunas.

Larani levantó las cejas:

—No el mejor barrio de la ciudad.

—¡Para nada! Pero barato. Además, estaba muy joven, y me sentía confiada con mi espada. A mi parecer, invencible.

—Hasta ahora lo eres.

—Pero sé que no lo soy. Soy atrevida, pero no estúpida. Por lo menos eso espero. Sé que estoy siempre a un error de pasar al otro lado. —Se rascó, perezosamente, el cabello—. Pues una tarde fui al mercado a buscar trabajo. Y, con la cabeza dura que soy, me metí en una discusión con un par de hijos del Espectro que, mientras yo pasaba, me dijeron un par de cosas que no me gustaron.

—¿Y se armó la pelea?

—Sí. Me vieron joven y delgada, uno de ellos me lanzó un puñetazo en la quijada cuando no accedí a darles lo que querían. Desenfundé, ellos también, y los maté a los dos en menos de un rezo menor. Por los azares del destino, un mercenario llamado Doron me vio.

—Y lo impresionaste.

—Supongo. Me vio, me buscó, me encontró al siguiente día, y me ofreció mi primer trabajo.

—Allí comenzó la carrera de la Sombra.

—Allí comenzó, sí.

En estos meses de conocer a Larani, Alina cada vez le tenía más confianza. Sin embargo, algunas cosas sobre su pasado se había reservado. Por ejemplo, la siana no sabía que su verdadero nombre era Haliná, que provenía de las montañas rojas, que su padre era el líder de uno de los clanes más poderosos del norte, y que ella podía haber sido la próxima lideresa del clan Hara'lutze. Una reina, en lenguaje zurmeldano.

Tampoco le he dicho que mi padre y probablemente muchos del clan me consideran una traidora, alguien que los abandonó para seguir un sueño estúpido.

No era que había descendido de las montañas para perseguir un sueño. Más bien, se dio cuenta que esa no era la vida que quería llevar. Los libros le dieron acceso a una visión más amplia del mundo, un mundo que quería explorar. Es verdad que no pensó que se convertiría en una cazadora de tesoros, en una mercenaria, y que ese sería el medio para viajar y experimentar el territorio de Zurmeldán.

Pero ser mercenaria no era el fin. Era el medio. Algún día viajaría por la península, luego a las islas, y después, por qué no, a las tierras lejanas más allá del Mar de las Tormentas.

Cuando Alina levantó la vista, Larani se había quedado dormida. Tomó la copa que tenía en la mano antes de que se le derramara y la tapó a ella con una sábana.

12. EL DESAYUNO

CUANDO ALINA DESPERTÓ la siguiente mañana, Larani preparaba ya el té para su garganta. Olía delicioso.

A Alina le dolía el cuerpo entero. Sin embargo, se sentía un poco mejor. En la noche se levantó un par de veces para tomar el jarabe, y el dolor de la garganta mejoraba. De todas maneras, el cansancio seguía allí.

Santa unción, podría quedarme en la cama el día entero.

—¿Dormiste bien? —le preguntó con vos ronca a la madre ungida al tirarse en un sillón de la sala.

—Desperté con un hambre feroz. —La siana se veía mejor. Mucho mejor. Sus ojos brillaban de nuevo.

—Hay una posada aquí en la esquina, conozco a la dueña, y es excelente cocinera. Cocina unos excepcionales huevos con salsa picante.

—Ya me antojaste.

Bebieron el té, se vistieron y se ciñeron las armas, y descendieron al mesón. Tomaron asiento cerca de la ventana para que les pegara un poco de aire. Era una mañana placentera, seminublada. Las nubes grises y el viento profetizaban lluvia.

El desayuno llegó rápido pues había todavía pocos comensales, aunque eso cambiaba rápidamente. Se llenaría pronto.

Siana Larani comió de buena gana, Alina igual.

—Debería ir hoy a ver a la madre visora —dijo Larani—. Darle un informe sobre lo sucedido.

—¿Le dirás también sobre el… —bajó la voz—, sobre el ojo?

—Tendré que mencionarlo. Tengo muchas preguntas al respecto, principalmente si ella sabía de su existencia.

Alina dio un sorbo al vaso de sidra:

—¿Pero crees que te dejará intentar recuperarlo? Te lo prohibirá, ¿no lo crees?

Larani entrecerró los ojos:

—Quizás sí. Me dirá que esa es una labor para los Devotos, no nosotras.

—De cierta manera está en lo correcto. Probablemente algo como esto entra en la jurisdicción de ellos, o de la ley.

—Sucederá lo mismo que si fuéramos con los soldados. No lo tomarían en serio, o no actuarían con suficiente tiempo. Los Devotos son burocráticos. Imagino que una operación militar de cualquier tipo tendrá que ser aprobada por varios rangos.

Aunque los Devotos no eran parte del ejército del reino, eran una orden religiosa armada, por lo que se regían prácticamente igual que los soldados, con algunas excepciones en su jerarquía.

—Eso si nos creen. El ojo del dragón es una leyenda, al final. Y no tenemos prueba de que sea efectivamente una reliquia. Bien pudiera ser un pedazo de cristal que no sirve para nada.

Larani resopló:

—Casi preferiría que fuera así. Pero tenemos que cerciorarnos.

—¿Entonces seguimos con el plan?

—Seguimos con el plan.

—Perfecto. Por la noche iremos al faro junto con las gemelas y Kel.

Larani dijo que sí con la cabeza.

—Quiero decirte lo mismo que ayer. Si prefieres quedarte, está bien. No pensaré menos de ti. Eres una madre ungida, no una guerrera, no una mercenaria, no una soldado.

—Si te pasa algo mientras yo estoy sin hacer nada, nunca me lo perdonaría. Yo soy la que te metió en este embrollo.

—Pero yo decido quedarme por mi propia voluntad.

—Iré. Ya lo he decidido.

—Muy bien. Vamos juntas, pues.

—Espero que cinco de nosotros sea suficiente.

—Las gemelas cuentan por dos cada una. Además, tendremos el factor sorpresa. Lo importante será la ejecución. Si lo hacemos correctamente, capaz y ni siquiera necesitamos usar las armas.

—El Cegador no lo permitirá.

Era cierto. Además, el Cegador estaría furioso por la muerte de su hombre, y querría venganza. Definitivamente la operación de la noche sería de alto riesgo.

He estado en situaciones peores. Mucho peores. Con probabilidades de éxito significativamente menores.

Además, conocía el terreno alrededor del antiguo faro, y era rocoso. Sería fácil esconderse y aproximarse.

Larani había dicho que prefería que la reliquia fuera una farsa. Pero ella no estaba tan segura. No le gustaba mucho la idea de arriesgar el cuello por un insignificante pedazo de cristal por el cual no recibiría ni un solo talán.

Me habría gustado que estuvieran aquí Josfat, Roamán y Pitt.

Estaba segura que, de estar en la ciudad, habrían accedido a ayudarlas sin pensarlo dos veces. En lugar de eso se veían obligadas a confiar en las gemelas y su novio. Excelentes espadachinas, pero nunca habían colaborado juntas.

Si la Diosa lo permite, todo saldrá bien.

—Espero que tú seas nuestro amuleto de buena suerte —le dijo a Larani.

—¿Eh?

—Sí. Eres una madre ungida. Eso significa que la Diosa estará de nuestro lado. ¿No?

—La Madre hace lo que bien le parece, y sus designios son misteriosos. Aunque todo lo que sucede es por su voluntad de decreto, el decreto mismo de su voluntad ordena que todo el actuar del ser humano vaya de acuerdo con la libertad de su alberdrío.

—Lo que en lenguaje laico significa: pasará lo que pasará.

—En parte, sí. La libertad de voluntad que gozamos implica la realidad de la maldad. Es decir, la maldad no es una ilusión. Es una opción real que todo ser humano tiene, si quiere actuar así. Y puesto que la maldad es real, necesariamente algunas veces triunfa sobre el bien.

—Por eso le pasan cosas malas a gente buena.

—Si pudiéramos llamar «gente buena» a determinada persona. Todos, al final, somos grises. Algunos inclinados más hacia el mal, otros más hacia el bien.

—¿Por eso suceden las tragedias? ¿Los accidentes? ¿Los terremotos y las inundaciones?

—Sí. Por la maldad, por el Espectro y sus demonios, y porque vivimos en un mundo imperfecto. Así lo ha creado la Madre: imperfecto. Eso no significa que no podamos elevar nuestras plegarias a ella.

—¿Nos escuchará?

—Nos escucha. Pero al final, no podemos dictaminar lo que suceda. Rezamos, actuamos, y lo demás lo dejamos a la voluntad de ella y al resultado del albedrío.

—Suena como una partida de dados.

—Casi. Pero no. La Diosa sí puede, si quiere, mover los dados.

—¿Como por arte de magia?

—Lo que a nosotros nos parece magia, para ella es normal.

Muchas ocasiones Alina se había preguntado sí, efectivamente, existía la Diosa Madre. O si en lugar de una sola diosa había varias o varios dioses, como se afirmaba en diversas religiones alrededor del mundo, y como habían creído los indígenas de la península en tiempos antiguos. Los escritos del místico Hemán El'zond documentaban la adoración a los llamados dioses elementales en el lejano oriente, cuatro dioses llamados Torvos, Merne, y no recordaba los demás.

De hecho, la Iglesia de la santa unción no postulaba a la Madre como la diosa única, sino como la diosa que se había revelado para guiar a los zurmeldanos. Las tribus de las montañas rojas seguían diversas deidades, pero su clan en específico adoraba al Gran Creador, un espíritu benigno y todopoderoso que, en la eternidad pasada decidió crear el universo. De acuerdo a la tradición, el Gran Creador, llamado Eluvá, creó también una diversidad de espíritus poderosos que eran los dioses de las religiones. Algunos de ellos se rebelaron contra Eluvá, y se convirtieron en los seguidores del diablo, llamado Gorgeón.

Alina nunca había sido muy religiosa, ni siquiera de pequeña. Cuando llegó a Zurmel, y después a Xulde, decidió adoptar la religión ungida como una manera de adaptarse a esa nueva cultura.

Al final, no estaba segura, pero prefería pensar que sí existían los dioses como la Madre o quizás incluso Eluvá. Que había un más allá, que un Ser controlaba todo de acuerdo a sus designios.

Pero no estaba segura.

Había visto suficiente maldad, sangre e injusticia como para preguntarte si un espíritu benigno estaba a cargo de todo este caos.

Quizás es un espíritu todopoderoso al que le vale medio cacahuate lo que hacemos.

Es por eso que llevaba su espada y daga, y tenía pensado usarlas esa noche, de ser necesario.

13. EL INTERCAMBIO

AL PRINCIPIO LA llovizna era ligera, pero al llegar a la taberna de La Carraca Hundida comenzaron los truenos y descendió un vendaval acompañado por una cortina de lluvia.

Las gemelas —y Kel— estaban ya listas, armadas y arropadas con gruesas capas.

—Maldito sea el Espectro —dijo Zila—. Con esta lluvia no podremos usar arcos. Tendrá que ser combate de cerca.

Con el aguacero no solamente sería difícil lanzar una flecha desde la distancia, sino que sería prácticamente imposible dar en la marca.

—De cerca será, entonces —dijo Kel dándole un par de palmadas a la funda de cuero colgada al cinto.

—Usemos la letrina antes de salir —le dijo Alina a su amiga—. Uno de los peores errores es meterse en un combate con la vejiga llena.

Al salir de la ciudad descendieron hacia la costa suroeste en dirección del faro sin andar por la vereda principal, para evitar toparse con los otros antes de tiempo. En lugar de eso, se aproximaron por la ladera rocosa, con cuidado de no resbalar y torcerse un tobillo.

El viento era helado al igual que la gotas que pegaban directo en sus rostros. En silencio llegaron hasta el lugar, agachándose detrás de una roca mediana.

Distinguieron la antigua torre de luz, cuya silueta aparecía y desaparecía con los relámpagos.

—Con semejante tormenta, ¿vendrán? —preguntó Larani.

—Imposible saberlo. Pero mis tripas me dicen que sí —respondió Alina.

—¿Por qué lo crees?

—Porque ese Cegador es un codicioso hijo del Espectro, y porque si yo tuviera en mi posesión un objeto para vender a buen precio, vendría. Una tormenta no me haría desistir.

—Concuerdo —dijo Zila, que escuchó la conversación—. Vendrán. Es cuestión de tiempo.

Pasó como la mitad de una hora. Alina estaba acostumbrada a pasar largas horas en vigilancia. Algunas veces incluso días en las que nada significativo sucedía, hasta que de repente veía su marca y comenzaba la persecución como de sabueso a presa. No que fuera algo que le gustara, mucho menos bajo el frío y la lluvia. Pero a veces era así. Cuando vieron la luz de un farol descendiendo por la vereda norte, sintió un escalofrío de emoción.

—Allí vienen —dijo Zula.

La torre del faro tendría más de doscientos años sin uso. Era una construcción impresionante, una fortificación de unas cincuenta varas de altura sobre la punta de un montículo pétreo, con escalones largos que llegaban hasta la entrada, donde hubo una puerta de madera ya inexistente. La roca gris había sido conquistada por musgo y enredaderas que llegaban hasta la galería del fanal. El mar agitado golpeaba contra la colina pedregosa sin que las olas alcanzaran todavía las faldas de la torre.

Tres personas envueltas en capotes se detuvieron cerca del primer escalón. No podían ver sus rostros. Uno de ellos cargaba un cofre.

—¿Será el Cegador? —dijo Alina.

—No —respondió Zila—. No lo creo. El que va en medio, que parece ser el jefe, no tiene la estatura de ese bribón maldito.

Alina no podía distinguir con claridad, pero confiaba en los ojos de la gemela.

—Allá viene —dijo Kel apuntando hacia el suroeste. Un par de faroles se acercaban. Se materializaron cuatro personas.

Alina reconoció que en este nuevo grupo venía tanto el Cegador como Surema, pues eran personas de estatura y grosor particular. Además, el Cegador andaba sin el capuchón puesto.

—Vayamos a cortarle el cuello de una vez —dijo Zula crujiendo los dientes y acariciando la empuñadura.

—No, todavía no —dijo Alina—. Nos verán, y se prepararán. Además, quiero saber quién es el comprador, no quiero que huya. Larani y yo nos acercaremos por detrás de los tres, y cuando dé la señal, ustedes saldrán por la retaguardia del Cegador. Los rodearemos. Esperen a mi señal. Daré un silbido fuerte.

—Lo que tú digas, chula —dijo Zila.

—Sígueme —le dijo a Larani.

Aunque la lluvia, la oscuridad y la distancia haría difícil que sus enemigos las vieran, de todas maneras descendieron con cuidado. Primero, para no arriesgar ser vistas, segundo, para no resbalarse o, peor, dejar caer alguna piedra que alertara al grupo.

Puesto que los tres encapuchados les daban la espalda, ellas se acercaron usando la torre como escondite, pegándose cerca a uno de los extremos. Se asomaron para ver.

El Cegador, a unos cuatro pasos del otro grupo y con sus camaradas detrás, dijo:

—Quiero saber con quién estoy tratando.

El de en medio echó hacia atrás su capucha.

—Barón Merlién —dijo el Cegador sonriente—, un gusto verle de nuevo.

Siana Larani hizo un sonido ahogado de sorpresa. Alina también reconoció el nombre.

Por la santa unción. Merlién es un barón poderoso, uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Los rumores decían que la casa del barón Julden Merlién estaba en conflicto con la del duque de Xulde. Antiguamente los Merlién llegaron a controlar porciones extensas al norte de la ciudad, y aunque su dominio había menguado con los años, el barón Merlién había, según las malas lenguas, duplicado su riqueza en los últimos diez años, de manera que vivía en un palacio que si bien más pequeño al castillo, era igual de ostentoso.

—¿Lo tienes? —pregunto el barón.

—Por supuesto que sí.

—Muy bien. Mi criado me lo traerá.

—Momento, momento, señor barón. Que me traiga primero el oro.

—Te he dado mi palabra de honor. Soy un gentilhombre. —A su criado, haciendo una seña con el dedo índice—: Tráeme la reliquia.

El criado apenas dio un paso y se detuvo al escuchar las espadas salir de la vaina. Surema incluso desenvainó las dos. Solo el Cegador seguía con ambas manos al costado.

—Gentilhombre o no, este tipo de negocio no reconoce palabras de honor, ni de deshonor, ni de ningún tipo. Si vuestra merced no tiene inconveniente, nos pasan el dinero, lo contamos, y les damos el objeto. Es eso, o nos largamos de aquí.

—Yo tengo que cerciorarme que sea lo que dices que es. ¿Cómo sé que no es un pedazo de estiércol?

—Créame, señor barón. Solamente ponga un dedo sobre esa esfera y lo sabrá inmediatamente.

—¿Sí? ¿Lo hiciste?

—No pude aguantarme la curiosidad. Esa cosa está maldita. Estoy seguro que solo podrá usarla su hechicero.

—La usará. Te lo aseguro. Y cuando lo haga, querrás estar de nuestro lado.

¿De qué estaban hablando? ¿Cuál hechicero?

—Sí, sí, no lo dudo —dijo el Cegador, exasperado—. Ustedes los runaritas están malos de la cabeza, ¡peor que yo!

Por la Diosa Madre.

El barón sonrió.

—Tampoco puedo creer —dijo el Cegador— que fue ese bueno para nada de Nargol el que encontró la reliquia.

—Era cuestión de tiempo. Tenía que estar en alguno de los lugares de la lista.

—Esa lista era demasiado larga, barón. ¿De dónde la sacaron?

—Necromancia.

El Cegador maldijo. Luego:

—Ustedes están metiéndose en cosas demasiado negras.

—¿Qué hiciste con el ladrón, cómo dijiste que se llama? —preguntó Merlién.

—Nargol. Él ya no será problema.

El barón asintió:

—Dales el dinero —ordenó al del cofre—, pero guarden las armas —le dijo al Cegador.

—Está bien. ¡Enfunden!

El cofre entonces cambió de manos, y uno de los camaradas del jefe de ladrones lo abrió y se puso a contarlo allí, en medio de la lluvia. No eran talanes, sino monedas de oro.

En ese cofre debe haber mucho dinero.

Alina se preguntó por qué no llevaron a cabo todo esto dentro del faro, pero pensó que probablemente ninguno de los dos bandos quería un lugar con pocas salidas, en caso de que la situación se viniera abajo.

—Sí son, jefe —dijo el que contaba las monedas.

—¿Trescientas de oro?

—Trescientas de oro —confirmó.

Las monedas de oro no eran comunes en el reino. De hecho, apenas recientemente se comenzaban a acuñar, y normalmente su valor era por su peso. Aunque no estaba segura cuál sería la equivalencia en talanes, indudablemente era una fortuna.

—Muy bien —dijo el Cegador—. Dales el ojo, pues.

El cuarto hombre sacó de un bolsón otro cofre metálico, pero mucho más pequeño. Se lo dio al barón.

—No se preocupe, mi señor barón. Aquí esperamos mientras usted verifica que eso es lo que es. Me interesa seguir teniendo una buena relación con usted, siempre y cuando siga fluyendo la suministración de dinero.

Mientras abría el cofre, el barón dijo:

—Sígueme trayendo cosas como estas y serás un hombre muy rico.

—Tenga cuidado con esa cosa. Es mortal —dijo el Cegador.

El barón metió el dedo índice y anular dentro del cofre para tocar el orbe. Inmediatamente

comenzó a temblar como convulsionando, entonces con un grito alejó la mano, como si un escorpión le hubiera picado. Se inclinó y vomitó.

El Cegador y su gente se rieron.

—Se lo dije, barón.

—¡Espectro! —exclamó Merlién—. ¡Es el ojo, por la santa unción! Con esto…, con esto podremos…

El vendaval arreció, provocando un largo silbido causado por el viento.

Se escucharon gritos de combate, y de las sombras salieron las gemelas y Kel, blandiendo espadas y avanzando sobre el Cegador y compañía.

14. LA EMBOSCADA

—*¿PERO QUÉ…?* —DIJO Alina y, maldiciendo, desenvainó y salió de su escondite, con siana Larani siguiéndola.

—¡Nadie se mueva! —gritó Zila, lanzando una cadena de coloridos juramentos y blasfemias.

—¿De qué se trata esto? —dijo el barón al sentir la espada de Alina en su columna vertebral.

—El que se mueva, se muere —dijo Alina.

Ambos grupos tenían ya las manos levantadas y las espadas cerca del cuello, espalda o pecho.

—No me lo puedo creer —dijo el Cegador—. ¡Pero si son las gemelas y su príncipe enamorado!

Zila le acercó el filo a la garganta:

—Cierra el hocico, maldito hijo de Sairoadán. Si no te he matado es solamente porque quiero disfrutarlo.

—Tranquilos todos —dijo Alina—. Lo único que queremos es la reliquia, y todos nos vamos cada quién por su camino.

El barón se dio la vuelta para encarar a Alina. Era un hombre apuesto, de unos cincuenta y tantos años, con una barba blanca perfectamente recortada y nariz ganchuda.

—No sé quién seas, hija mía, pero para llevarte el ojo tendrás que matarme. ¿Sabes lo que significa matar a un noble?

—Lo sé perfectamente bien, barón. No sería la primera vez.

El barón entornó los ojos, pero sin denotar temor.

—¿Y que las trae por aquí? —preguntó el Cegador a Zila, enseñando los dientes en un intento de sonrisa—. Hace mucho que no las veía. ¿Cuándo fue la última vez? ¡Ah! Creo que ya lo recuerdo. Fue en su cumpleaños, ¿no?, cuando les dejé un regalito en ese lugar funesto y maloliente que manejan. ¿Te acuerdas, Surema, qué les dimos?

—Una cabeza —dijo ella.

—Me rogó por su vida, su papito. Disfruté mucho picarle los ojos y, cuando se cansó de gritar, lo corté en pedacitos, comenzando por los pies.

Alina supo varias cosas al mismo tiempo. Primero, que esto terminaría sin duda alguna en sangre derramada, sobre todo con el Cegador admitiendo haber matado a Zoldán Buldeande. Segundo, que aunque estaban en ventaja táctica, la desventaja numérica era significativa. Del otro lado estaban las gemelas y Kel contra el Cegador y sus tres camaradas; tres contra cuatro. Y de este lado, ella y Larani contra tres, posiblemente dos, pues no imaginaba que el barón viniera armado.

Las espadas salieron de las fundas con la velocidad de un relámpago. Zila intentó degollar al Cegador, pero este saltó hacia a un lado, después al otro, para defenderse ya con su espada en mano. Zula logró herir a Surema en el hombro, pero ella desenvainó ambas espadas y contraatacaba. Kel fue el único lo suficientemente rápido para perforarle las costillas al que tenía más cerca, que cayó al suelo; ahora peleaba contra el otro ladrón, quien se defendía con una

daga.

Alina no iba a matar al barón, mucho menos estando desarmado. No podía matarlo así porque sí, pues no había hecho técnicamente nada malo, excepto comprar la reliquia.

Merlién simplemente caminó hacia atrás, con el semblante serio, y dejó que sus guardaespaldas se encargaran de la situación. Uno de ellos se fue contra Alina, el otro contra Larani.

Inmediatamente habiendo chocado espadas con el hombre —al que no podía ver el rostro porque seguía encapuchado—, supo que era buen espadero. Se defendió del ataque que por poco y la alcanza en la pantorrilla, y cargó con furia, pero la ropa mojada entorpecía sus movimientos, por lo que desabrochó su capa y la dejó caer.

El barón se echó a correr con el cofre. Larani se defendía y atacaba y, gracias a la Madre, seguía viva. Alina quería gritarle que huyera, que no tenía nada que estar haciendo allí, que no valía la pena perder la vida, pero no pudo decir cosa alguna pues los golpes de su enemigo eran contundentes, tenía que tomar la espada con ambas manos para resistir los embates.

Salir con vida de una riña con espadas era producto de varios factores. Uno de ellos, por supuesto, el entrenamiento. El arte de la espada, además de la condición física necesaria para no terminar exhausto después de un par de minutos. Sin embargo, otro factor importante era la suerte. Hasta los guerreros más experimentados morían con una flecha enterrada en el pecho. Un factor más era el terreno. Era muy diferente luchar sobre arena, césped, rocas, o lodo.

El encapuchado dio una zancada, se resbaló en el lodazal y cayó de espaldas. Quizás se golpeó la nuca en una piedra, porque no reaccionó con suficiente rapidez para bloquear el acero que le perforó el corazón. Le vio el rostro por primera vez, los ojos bien abiertos, la boca igual, una expresión de sorpresa y terror.

Tengo que ayudar a Larani.

Pero no la veía. ¿Dónde estaba? Diosa Madre, ¿estaba ya tirada en el suelo, muerta? Escuchaba los sonidos de combate, cerca, pero los gritos de ira sonaba a las gemelas.

Maldita lluvia, no me deja ver bien.

Se acordó del barón que huía, y pensó que quizás Larani había ido tras él. Tenía que tomar una decisión rápido, sin tener certeza de acertar o cometer un terrible error. Se puso a correr en dirección del barón, rezándole a la Madre por dirección.

Seguramente el noble intentaría huir por la vereda norte, por la cual había llegado, así que se apresuró a llegar al sendero y corrió lo más rápido que podía por el suelo semi-adoquinado. Comenzaba a sentirse exhausta y las armas le pesaban, la espada en la mano y la daga en el cinto.

Vio una figura adelante de ella, a unos diez pasos. Era Merlién que, agotado por el esprint, recuperaba el aliento con el cofre bien agarrado en el brazo izquierdo, la palma de la mano derecha sobre la rodilla.

Larani no se veía por ningún lado. Entonces la había dejado atrás, muerta, moribunda, o posiblemente luchando por su vida.

Maldición.

No podía darse la media vuelta y dejar que el hombre se escapara con la reliquia. Todo este lío era por esa maldita cosa.

—¡Se acabó, barón! —le gritó.

Julden Merlién se asustó al verla. No podía creer que allí estaba ella en el lugar de alguna de sus escoltas. Cubrió el cofre con ambas manos. Con las ropas empapadas y salpicadas de légamo,

el agua bajándole por el cabello desaliñado y los ojos desorbitados del enojo, no parecía el hombre orgulloso y seguro de antes.

—Por la santa unción, mujer, ¡aléjate de mi! ¡Soy barón del reino de Zurmeldán! ¡Me debes lealtad! Aléjate o *pagarás con tu vida.*

—Suelte el cofre, barón, o por la Madre que lo mataré.

—No te atreverías. Es inconcebible.

—No tengo tiempo para esto. ¡Es su última oportunidad!

Tengo que regresar para auxiliar a Larani.

—¡No tienes idea de lo que es esto! Va más allá de tu intelecto, de tu imaginación.

—Estoy cansándome que me digan eso. Realmente cansándome.

Algo similar le había dicho aquel brujo, apenas hacía medio año, sobre un libro supuestamente maldito. Por fortuna dicho brujo estaba muerto, y el libro, seguro.

—Quédate con el oro —dijo el noble—. ¿Sabes cuánto dinero había allí?

Alina lo apuntó con su espada:

—No me interesa.

—Te lo duplicaré. Te haré la mujer más rica de…

¡No tengo tiempo para esto!, pensó y, con un calculado movimiento del brazo, sabiendo exactamente la longitud de su espada, pasó la punta filosa de manera horizontal por el pecho del noble, lo suficiente como para cortar carne, no tanto como para matarlo.

Julden Merlién aulló y soltó el cofre, que se abrió, el orbe rodando sobre las piedrecillas en dirección de Alina.

Apenas se inclinó para tomarlo y el barón la atacó blandiendo una navaja.

15. LA VISIÓN

ALINA, ATENTA A un ataque así, se quitó del trayecto de la navaja con facilidad, haciéndose a un lado y golpeando con el pomo la nuca de Merlién, quien trastabilló y se fue de boca al suelo.

«Aughhhj», masculló, y se quedó tirado.

Alina se inclinó y, al tocar la reliquia, una fuerza eléctrica le recorrió el cuerpo. Por un momento pensó que un rayo le había partido la cabeza, y que experimentaba los últimos momentos antes de morir y pasar al más allá.

Pero no era así. No estaba muriendo. Sabía que seguía inclinada, con el dedo pulgar, índice y anular tocando la superficie fría de la esfera vítrea. Repentinamente todo se oscureció y se transportó a un lugar completamente diferente. Un sentir extraño, como un sueño, pero seguía al tanto de estar en el sendero, con la lluvia pegándole en la espalda, y al mismo tiempo en un lugar completamente diferente. Estaba de pie en el pináculo de alguna torre, con el viento pegándole duro pero sin miedo a caer.

A su alrededor, una ciudad llamas. Pensaba que era Xulde, pero no estaba completamente segura. Podía ser Zurmel, o alguna otra de las grandes ciudades. Hacia el noroeste una construcción grande ardía, un templo, posiblemente. Algunas personas huían y otras corrían hacia el gran edificio, cargando cubetas de agua. Por los menos tres hombres salían por la puerta principal gritando, sus ropas envueltas en fuego. Luego una voz tronó tan fuerte que le dolieron los tímpanos:

—*¡Muerta… pero ahora vive!*

No pudo distinguir la voz. Imposible saber de dónde venía, y si era de hombre o mujer. A Alina le invadió un miedo visceral, uno que no había sentido en años. Un pavor absoluto, una ansiedad horrorosa, y sintió un grito de terror en la garganta, alarido que necesitaba desesperadamente sacar, pero no podía hacerlo pues seguía atorado en su pecho.

Tenía que gritar. Gritar.

Grita, Alina…, grita…, ¡GRITAAAAA!

De su garganta salió el alarido, logró soltar la reliquia, y en un pestañear estaba de regreso en el sendero, azotada por la lluvia.

El barón Merlién estaba consciente, sentado en el suelo recargado sobre las palmas de sus manos, y la miraba con ojos de espanto.

Alina soltó un juramento.

—¿Tocaste el orbe? —preguntó Merlién—. ¿Estás *loca?* ¡No has sido elegida! ¡Blasfema…, traidora!

Traidora.

Esa maldita palabra, de nuevo.

No. Ella era Alina Araluz.

Mercenaria, sí. Implacable, sin duda. Asesina, quizás.

¿Traidora?

No, eso no.

Se acercó al noble, quien abrió la boca para suplicar misericordia, y Alina puso la punta del filo en la garganta de Julden Merlién.

—Será mejor que me mates, mujer. Si no lo haces, te buscaré. Tengo todos los recursos para hacerlo. Te encontraré y te mataré. Esa reliquia me pertenece.

—Tienes tres latidos para salir de aquí antes de que te abra el vientre.

Debió ver en sus ojos que decía la verdad, porque no intentó razonar con ella más, sino que inmediatamente se puso de pie, si bien batallando para hacerlo, y se perdió en la oscuridad en dirección de la ciudad.

De su cinturón sacó un pañuelo con el que cubrió la reliquia y trepidante la agarró. Nada sucedió. Al parecer, las visiones, o sueños, se activaban con el tacto directo. Guardó el ojo del dragón en un bolsón pequeño de cuero que llevaba sujeto al cinto, y se apresuró de vuelta.

La tormenta arreciaba, y los truenos sonaban más seguido y más cercanos, como si la Diosa estuviera enojada.

Espero que no conmigo, pensó.

Llegó de nuevo a la torre, al faro, y se detuvo para ver la horrible escena delante de ella.

Por los demonios ancestrales, ¡llegué tarde!

A su izquierda, a unas tres varas de distancia, Kel yacía en el suelo, su espalda arqueada sobre una roca, sus extremidades en ángulos extraños, excepto el brazo derecho, que le faltaba desde el hombro. El resto de su brazo no se veía por ningún lado. El pecho le sangraba, y miraba hacia el cielo con los párpados abiertos, muerto.

A dos pasos de Kel estaba Zila, de costado, la mitad de la cara ensangrentada, maldiciendo entre dientes e intentado parar la hemorragia que salía de su costado. Estaba con vida, pero jadeaba con dificultad. A la derecha Zila peleaba contra el Cegador, pero no podía ella moverse bien pues aparentaba tener un tobillo torcido.

Entonces vio que más allá, prácticamente ocultas tras la cortina de lluvia, siana Larani se enfrentaba a Surema.

Que se muera Zila, no me importa, se dijo al pasarla de largo.

Larani se aferraba a espada y daga, mientras que la ladrona empuñaba solo una de las espadas en la mano izquierda, pues la derecha chorreaba sangre y le faltaban dedos, no distinguió cuántos ni cuáles.

Fue una grata sorpresa no solamente encontrar viva a su amiga, sino encontrarla peleando bien. Ciertamente tenía buena condición física. Por el contrario, Surema lanzaba mandobles fuertes pero cansados, gritando con cada esfuerzo.

Esta vez no cometeré el mismo error que en el granero.

Se avecinó a la mujer por atrás, sin hacer ruido, confiando en que la tormenta enmascarara sus pasos, y le enterró la espada, entrando por encima de la cadera y saliendo por el ombligo. Larani, con un grito de guerra, le clavó ambas cuchillas en el pecho.

Surema se fue de lado, muerta.

—Falta uno —dijo Larani apuntando en dirección del Cegador.

Necesito un respiro.

Pero no había tiempo para ello. Tuvo que alcanzar a Larani. Cuando el Cegador las vio acercarse, supo que estaba acabado.

—¡Está bien! ¡Me rindo!

—Suelta la espalda entonces, gusano —le dijo Zula.

—La soltaré, pero juren que me dejarán vivir.

—Suelta la espada —le gritó Alina—, o por la unción que te matamos.

—¡Júrenlo! ¡Juren que me perdonarán la vida! —Aunque lo decía a las tres, miraba a Zila. Era de ella que desconfiaba.

—Está bien, perro —dijo la gemela—. Tira el arma y te dejaré vivir, pero te pudrirás en el calabozo el resto de tu vida, eso te lo juro por mi padre.

El ladrón lo pensó, quizás considerando las posibilidades que tenía de salir corriendo. Pero ¿contra tres? Difícilmente lograría escaparse, no había dónde esconderse, la ciudad demasiado lejos.

—Está bien. Me rindo —dijo de nuevo, y soltó la espada.

Zila, dando una zancada, le enterró el filo en el cuello. El Cegador se desplomó de lado, retorciéndose todavía, gimiendo, y la gemela le dio otro sablazo en la nuca, un golpe seco que escucharon incluso con la lluvia. Increíblemente, el hombre seguía vivo y se arrastraba en el suelo intentando alejarse. Zila lo detuvo al ponerle la bota en los omóplatos, tomó la espada con ambas manos, y la hizo descender como si fuera un hacha.

La cabeza se desprendió del cuello.

La gemela escupió sobre el cuerpo.

—Púdrete en el infierno, hijo del demonio.

Se quedaron allí, paralizadas por un momento, respirando hondo.

Se acabó, pensó Alina. *Estamos vivas. Santa unción. Estamos vivas.*

Zila envainó su arma, fue a auxiliar a su hermana que seguía jadeando, luego las miró:

—Lo único que lamento —dijo— es haberlo matado con tan poco dolor.

16. EL BANQUETE

SIANA LARANI SALIÓ del gran templo de Xulde con el ceño fruncido.

El gongo del templo acababa de anunciar la primera vigilia nocturna. Aun llovía, pero una llovizna ligera y agradable. Habían pasado tres días desde que recuperaron el ojo del dragón y se deshicieron del Cegador. El comisariato comenzó la investigación al encontrar los cadáveres allí tendidos, excepto el de Kel, al que las gemelas sepultaron. La investigación estaba en el limbo, el comisario del distrito alegando que el crimen, al estar localizado a las afueras de la ciudad, le correspondía al ejército. Al final, lo más probable es que se cerraría el caso como una posible riña entre bandas criminales.

Entró en la fonda donde había quedado verse con Alina, quien al verla entrar le hizo una señal con la mano. Estaba sentada en la esquina, cerca del fuego, bebiendo sidra y comiendo nueces, jamón y queso.

Siana Larani se desplomó sobre la silla.

—Necesito unas vacaciones largas —dijo la madre ungida.

—Vaya que sí. Hoy no podía levantarme de la cama. Los párpados me pesaban demasiado.

Se acercó una jovencita, a la que le pidieron otro tarro de sidra.

—¿Y entonces? —preguntó Alina—. ¿Cómo te fue?

Acababa de salir de una junta con Jezba, la madre visora de Xulde, y con Sorne Adiram, capitán de los Devotos en la ciudad. La junta fue en la oficina principal de la madre visora, un lugar amplio, mal iluminado y sin adornos.

Los dos personajes eran un contraste. Por un lado, la madre visora una mujer de edad avanzada, encorvada y con la piel arrugada. Tenía una nariz larga y ganchuda, como el pico de un ave, los ojos azules y fríos. Siempre vestía con la túnica sencilla litúrgica.

Por el otro lado, el capitán Adiram era un hombre alto, de unos cuarenta, muy bien parecido, de barba roja corta y recortada a la perfección, quien vestía el uniforme de la devoción, una túnica verde oliva, sobre ella una cota de malla que le llegaba a los muslos, y un peto metálico con el símbolo de la rama de olivo en el pecho. Por la espalda descendía una capa verde bosque.

Ambos escucharon el relato de siana Larani con mucha atención. Pensaba ella que oirían escépticos, pero en lugar de eso simplemente se quedaron atentos, sin hacer muchos gestos que indicaran lo que pensaban.

—Pues la madre me dijo varias cosas —le dijo Larani a Alina—. No me regañó por no haberles dicho inmediatamente, pero me dijo que hablaríamos después. Supongo que eso significa que me dará mi reprimenda a su debido tiempo.

—¿Repararán tu templillo?

—Enviarán a alguien para revisar el daño. Sin embargo, no me dijo si lo repararán o no. Lo que sí es que no regresaré allí.

—*¿Qué?* ¿Cómo?

—Me han reasignado.

Alina abrió grandes los ojos y se le pusieron vidriosos.

—No te preocupes, amiga —le dijo Larani—. Estaré en el convento de siana Vialedani, aquí en la ciudad. No es grande, unas veinte ungidas. La madre visora me pidió dedicar algunos meses a la contemplación. Sin embargo, no es una orden ermitaña, por lo que podré salir sin problema alguno.

—¿Le preguntaste si ella sabía que el ojo del dragón estaba escondido en tu templillo?

—Por supuesto que le pregunté. Pero me dijo que no. Que ella no lo sabía. El capitán se movió un poco inquieto al escuchar eso. Imagino que debió avergonzarse de tener una reliquia tan cerca sin saber al respecto, y sin resguardarla.

—¿Crees que la madre te dijo la verdad?

—Pienso que sí. Probablemente estaba escondida allí por años, y fue un producto de la casualidad.

Larani hubiera preferido que la respuesta fuera diferente, algo más emocionante o interesante, pero las cosas no siempre resultaban como uno pensaba. A veces, la respuesta simplemente era: por casualidad.

—¿Qué del barón Merlién?

—Cuando lo mencioné, la siana y el capitán se lanzaron una mirada. Pero no dijeron nada, no me dieron información. El capitán simplemente afirmó que tomaba nota y le daría seguimiento. Pero algo me dice que no les sorprendió.

—Quizás ya le están siguiendo la huella.

—Posiblemente. Sin embargo, cuando mencioné lo que me dijiste, que el barón era runarita, la siana sonrió. Dijo que no era más que una antigua leyenda para asustar a los simples.

—Hmm. ¿Y cuando les mostraste el ojo? ¿Qué hicieron?

—Puse el cofre en la mesa, el escritorio largo de la madre ungida. Lo abrí para que lo vieran. Siana Jezba ni siquiera le dio un vistazo.

—¿Les dijiste sobre no tocarlo?

—No…, como sugeriste, omití esa información. También no les dije sobre la visión que tuviste. De lo contrario harían muchas preguntas.

—Yo también tengo muchas preguntas.

Siana Larani asintió:

—El capitán se acercó al cofre, su cara impasible, como de jugador de cartas. Analizó la reliquia por un tiempo y, cuando se irguió, sudaba.

—¿Pero no dijo nada?

—No. Cerró el cofre y, al mirarme, su semblante había cambiado, si bien un poco. Me parece que vi temor. Me preguntó quién sabía al respecto.

—¿Les dijiste que yo?

—Sí. Lo siento. Aunque les di un nombre incorrecto. De todas maneras, debes tener cuidado, no dudo que los Devotos quieran investigarte.

—Que intenten atraparme. No me importa. Ya estoy acostumbrada.

—No sé cómo lo haces. Para vivir así.

—Bah. Te acostumbras con el tiempo —dijo esbozando una sonrisa y llevándose un par de nueces a la boca—. ¿Y cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Como que me quitaron un gran peso de encima. Que los Devotos se encarguen de resguardar la reliquia. Para eso existen. ¿Y tú? Supongo que, de haber querido, podrías haber vendido la reliquia por mucho dinero.

—¿Más? ¿Para qué?

Las dos se rieron. Y es que se quedaron con el cofre lleno de oro. Repartieron el botín en cuatro. Una buena cantidad de dinero para cada quien. Incluso con eso, las gemelas se despidieron con semblante sombrío, probablemente por la muerte de Kel.

—A la próxima que necesites ayuda, búscate a alguien más —había dicho Zula mientras vendaba a su hermana. Les ofrecieron ayuda, pero se negaron. Zula dijo que tenía personas de confianza que curarían a su hermana. La herida, aunque profunda, no era mortal. Increíblemente, puesto que eran mujeres fuertes, aun con el tobillo torcido, Zula se llevó a Kel sobre un hombro, y Zila se retiró por su propio pie.

—Gracias a la Madre estaban de nuestro lado —había dicho Larani al verlas desaparecer en la lluvia.

Ahora, en la fonda, Alina dijo:

—¿Y entonces? ¿Qué sigue?

—Muero de hambre. Aquí venden una ternera —hizo un sonido con los labios—, de otro mundo. El vino de la casa dicen que es excepcional. No lo he probado todavía.

Alina sacó del bolsillo una moneda de oro:

—¿Crees que esto lo cubra? —dijo con un guiño.

—Ha de cubrir un banquete.

—Banquete ha de ser, entonces.

Pidieron el entrecot de ternera, dos platos de vegetales, unas papas hervidas, porción extra de espárragos, y tres botellas del mejor vino, que la noche era joven.

AL LECTOR

ESTIMADO LECTOR:

Me da gusto que estés aquí, habiendo terminado el segundo episodio de «Mercenaria». Te esperan grandes aventuras en los próximos episodios, nuevos personajes, giros de la trama…

¿Disfrutaste esta novela corta? Si la respuesta es sí, ¿me permites pedirte algo? Es pequeño, no te preocupes.

Una calificación o reseña en línea nos ayuda mucho a los escritores independientes. De esta manera, otros lectores podrán descubrir esta historia y otras similares. Toma poco tiempo hacerlo, pero hace una diferencia grande.

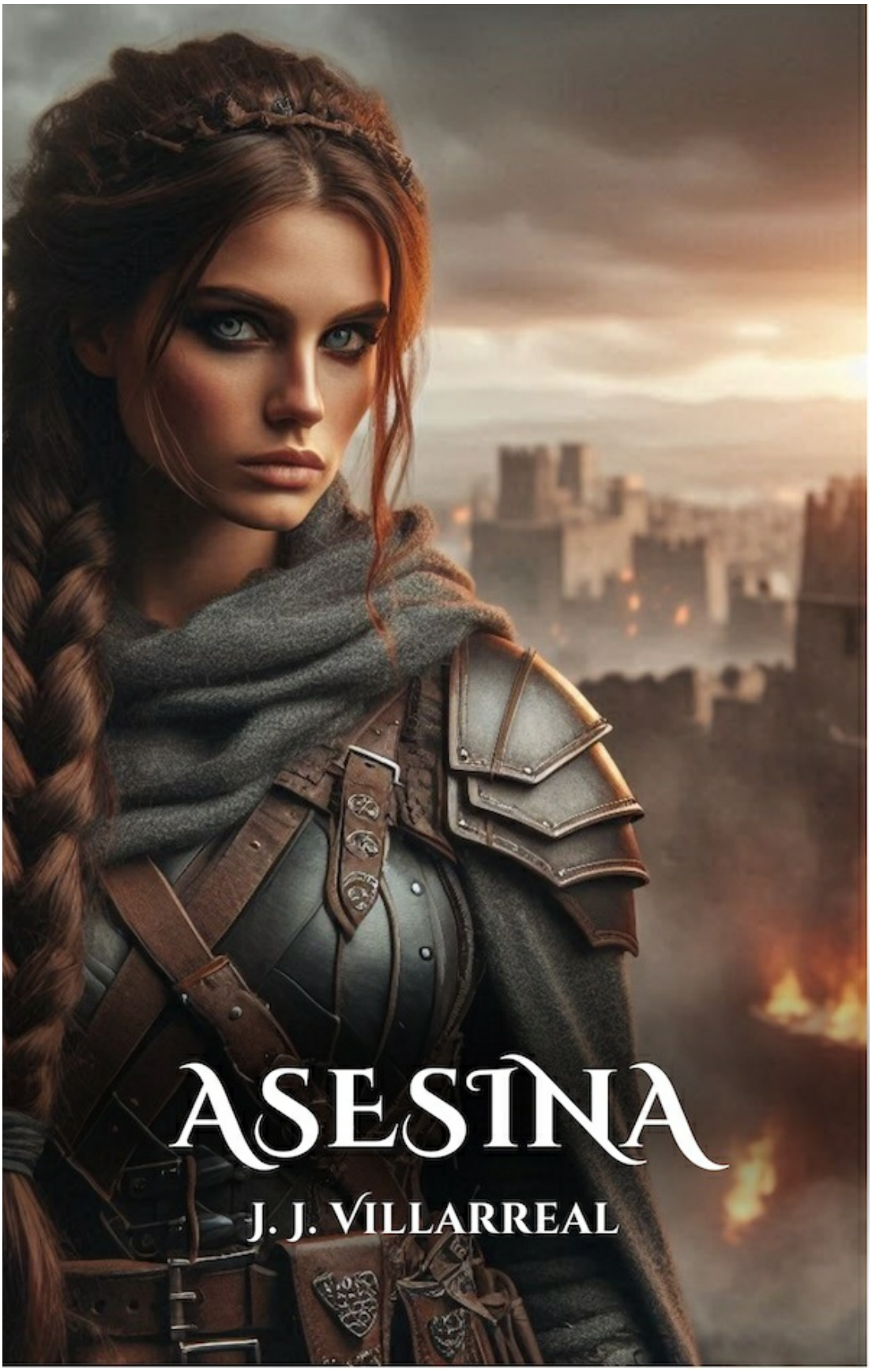
Ahora tengo que seguir escribiendo (siempre estoy escribiendo algo nuevo), pero espero te hayas quedado con ganas de más aventura en el reino de Zurmeldán. ¿Nos vemos allí?

Gracias,

J. J. Villarreal

SINOPSIS

NO TE PIERDAS Asesina, el tercer episodio de la serie «Mercenaria».


ASESINA
J. J. VILLARREAL

Una completa locura. Eso es lo que Alina Araluz, la mercenaria, piensa sobre la misión. Esto va más allá de lo que jamás ha intentado. Una misión que no solamente es peligrosa, sino que raya en la locura. Pero no puede evitarla. La vida de uno de sus amigos —uno de sus pocos amigos— depende del éxito de la encomienda. Así que ella y Josfat, líder de la Cofradía del Pacto, se lanzan en una carrera contra el tiempo para hacerse de un objeto resguardado en el mismísimo corazón del castillo de la ciudad de Xulde.

Poderosos enemigos surgen a su alrededor. Por un lado, la nobleza de la ciudad. Por el otro, la Orden de la Devoción, cuyo capitán no parará hasta deshacerse de ella, a quien considera una ladrona y blasfema.

Esta vez no se trata solamente de adquirir un objeto. Es una carrera contra la muerte.

Adéntrate en el tercer episodio de «Mercenaria», la nueva saga de la pluma de J.J. Villarreal. Una aventura llena de acción para los amantes de la fantasía épica.

Disponible en Amazon y Kindle Unlimited a partir de invierno 2024

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal

Serie «Guerrero dragón»:
El despertar del dragón
El guerrero dragón
La reliquia del dragón
La venganza del dragón
La resurrección del dragón

Serie «Crónicas de Casten»:
Las crónicas de Casten (Casten vol. 1)
El amuleto (Casten vol. 2)
El agorero (Casten vol. 3)

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Visita el blog de J.J. Villarreal para recibir su newsletter mensual, actualizaciones, reseñas, y más.
www.jjvillarreal.blogspot.com

Notes

1. Siana significa «ungida» en zurmel antiguo.
2. EN zurmel medio, «misri» se usa como título de cortesía a mujeres.
3. Siana significa «ungida» en zurmel antiguo.
4. Un ladí equivale a 1/4 de talán.
5. La vara equivale aproximadamente a 1.5 metros.
6. La vara equivale aproximadamente a un metro y medio.